

11 de noviembre, 1997

---

# EL PERRO DEL HORTELANO

## de Lope de Vega

---

Sírvase notar que el texto presentado aquí está basado en varios impresos tempranos y modernos de EL PERRO DEL HORTELANO. Fue preparado por Vern Williamsen en esta forma electrónica en el año 1995, empleando un "scanner" electrónico y luego editado y encodificado. El texto ha sido repasado varias veces por medios personales y electrónicos pero todavía puede contener errores de naturaleza tipográfica o de codificación. Si, por suerte, algunos se encuentran, haga el favor de escribir una nota a [vwilliam@u.arizona.edu](mailto:vwilliam@u.arizona.edu). Agradezco su ayuda en el trabajo de depuración. Este texto está presentado solamente para usos académicos. Para cualquier otro empleo, póngase en contacto con el encargado de la lista.

Vern G. Williamsen, 21 de noviembre de 1995.

## Acto I

- [versos 1-414](#)
- [versos 415-752](#)
- [versos 753-1186](#)

## Acto II

- [versos 1187-1591](#)
- [versos 1592-1990](#)
- [versos 1991-2359](#)

## Acto III

- [versos 2360-2715](#)
- [versos 2716-3073](#)
- [versos 3074-3385](#)

Electronic text by [Vern G. Williamsen](#) and [J T Abraham](#)

[Volver a la "homepage" de COMEDIA](#)

---

# EL PERRO DEL HORTELANO

---

## Personas que hablan en ella:

- **DIANA**, condesa de Belflor
- **TEODORO**, su secretario
- **OTAVIO**, su mayordomo
- **FABIO**, su gentilhombre
- **TRISTÁN**, lacayo
- **ANARDA**, dama
- **MARCELA**, dama
- **DOROTEA**, dama
- **FEDERICO**, conde
- **LUDOVICO**, conde
- **RICARDO**, marqués
- **LEONIDO**, criado
- **ANTONELO**, lacayo
- **FURIO**
- **LIRANO**
- **CELIO**, criado
- **CAMILO**
- Un **PAJE**

---

## ACTO PRIMERO

---

*Salen TEODORO y TRISTÁN; vienen huyendo*

TEODORO: Huye, Tristán, por aquí.  
TRISTÁN: Notable desdicha ha sido.  
TEODORO: ¿Si nos habrá conocido?  
TRISTÁN: No sé; presumo que sí.

*Vanse. Sale DIANA*

DIANA: ¡Ah gentilhombre!, esperad.  
¡Teneos, oíd! ¿qué digo?  
¿Esto se ha de usar conmigo?  
Volved, mirad, escuchad.  
¡Hola! ¿No hay aquí un criado?

¡Hola! ¿No hay un hombre aquí?  
Pues no es sombra lo que vi,  
ni sueño que me ha burlado.

¡Hola! ¿Todos duermen ya?

*Sale FABIO*

FABIO: ¿Llama vuestra señoría?  
DIANA: Para la cólera mía  
gusto esa flema me da.  
Corred, necio, enhoramala,  
pues merecéis este nombre,  
y mirad quién es un hombre  
que salió de aquesta sala.  
FABIO: ¿De esta sala?  
DIANA: Caminad,  
y responded con los pies.  
FABIO: Voy tras él.  
DIANA: Sabed quién es.  
FABIO: ¿Hay tal traición, tal maldad?

*Vase. Sale OTAVIO*

OTAVIO: Aunque su voz escuchaba,  
a tal hora no creía  
que era vuestra señoría  
quien tan aprisa llamaba.  
DIANA: ¡Muy lindo Santelmo hacéis!  
¡Bien temprano os acostáis!  
¡Con la flema que llegáis!  
¡Qué despacio que os movéis!  
Andan hombres en mi casa  
a tal hora, y aún los siento  
casi en mi propio aposento;  
que no sé yo dónde pasa  
tan grande insolencia, Otavio.  
Y vos, muy a lo escudero,  
cuando yo me desespero,  
¿ansí remediáis mi agravio?  
OTAVIO: Aunque su voz escuchaba,  
a tal hora no creía  
que era vuestra señoría  
quien tan aprisa llamaba.  
DIANA: Volveos; que no soy yo;  
acostaos; que os hará mal.  
OTAVIO: Señora...

*Sale FABIO*

FABIO:                               No he visto tal.  
                                      Como un gavilán partió.  
DIANA:                               ¿Viste las señas?  
FABIO:                               ¿Qué señas?  
DIANA:                               ¿Una capa no llevaba  
                                      con oro?  
FABIO:                               Cuando bajaba  
                                      la escalera...  
DIANA:                               ¡Hermosas dueñas  
                                      sois los hombres de mi casa!  
FABIO:                               A la lámpara tiró  
                                      el sombrero y la mató.  
                                      Con esto los patios pasa,  
                                      y en lo oscuro del portal  
                                      saca la espada y camina.  
DIANA:                               Vos sois muy lindo gallina.  
FABIO:                               ¿Qué querías?  
DIANA:                               ¡Pesia tal!  
                                      Cerrar con él y matalle.  
OTAVIO:                              Si era hombre de valor,  
                                      ¿fuera bien echar tu honor  
                                      desde el portal a la calle?  
DIANA:                               ¡De valor aquí! ¿Por qué?  
OTAVIO:                              ¿Nadie en Nápoles te quiere,  
                                      que mientras casarse espere,  
                                      por dónde puede te ve?  
                                      ¿No hay mil señores que están,  
                                      para casarse contigo,  
                                      ciegos de amor? Pues bien digo,  
                                      si tú le viste galán,  
                                      y Fabio tirar bajando  
                                      a la lámpara el sombrero.  
DIANA:                               Sin duda fue caballero  
                                      que, amando y solicitando,  
                                      vencerá con interés  
                                      mis criados; que criados  
                                      tengo, Otavio, tan honrados.  
                                      Pero yo sabré quién es.  
                                      Plumas llevaba el sombrero,  
                                      y en la escalera ha de estar.

*A Fabio*

Ve por él.

FABIO:                               ¿Si le he de hallar?

DIANA: Pues claro está, majadero;  
que no había de bajarse  
por él cuando huyendo fue.  
FABIO: Luz, señora, llevaré.

*Vase*

DIANA: Si ello viene a averiguarse,  
no me ha de quedar culpado  
en casa.

OTAVIO: Muy bien harás;  
pues cuando segura estás,  
te han puesto en este cuidado.  
Pero aunque es bachillería,  
y más estando enojada,  
hablarte en lo que te enfada,  
ésta tu injusta porfía  
de no te querer casar  
causa tantos desatinos,  
solicitando caminos  
que te obligasen a amar.

DIANA: ¿Sabéis vos alguna cosa?  
OTAVIO: Yo, señora, no sé más  
de que en opinión estás  
de incansable cuanto hermosa.  
El condado de Belflor  
pone a muchos en cuidado.

*Sale FABIO*

FABIO: Con el sombrero he topado;  
mas no puede ser peor.  
DIANA: Muestra. ¿Qué es esto?  
FABIO: No sé.  
Éste aquel galán tiró.  
DIANA: ¿Éste?  
OTAVIO: No le he visto yo  
más sucio.  
FABIO: Pues éste fue.  
DIANA: ¿Éste hallaste?  
FABIO: Pues ¿yo había  
de engañarte?  
OTAVIO: ¡Buenas son  
las plumas!  
FABIO: El es ladrón.  
OTAVIO: Sin duda a robar venía.  
DIANA: Haréisme perder el seso.

FABIO: Este sombrero tiró.  
DIANA: Pues las plumas que vi yo,  
y tantas, que aun era exceso,  
¿en esto se resolvieron?  
FABIO: Como en la lámpara dio,  
sin duda se las quemó,  
y como estopas ardieron.  
Ícaro, ¿al sol no subía,  
y abrasándose las plumas,  
cayó en las blancas espumas  
del mar? Pues esto sería.  
El sol la lámpara fue,  
Ícaro el sombrero; y luego  
las plumas deshizo el fuego,  
y en la escalera le hallé.  
DIANA: No estoy para burlas, Fabio.  
Hay aquí mucho que hacer.  
OTAVIO: Tiempo habrá para saber  
la verdad.  
DIANA: ¿Qué tiempo, Otavio?  
OTAVIO: Duerme agora; que mañana  
lo puedes averiguar.  
DIANA: No me tengo de acostar,  
no, por vida de Diana,  
hasta saber lo que ha sido.  
Llama esas mujeres todas.

*Vase FABIO*

OTAVIO: Muy bien la noche acomodas.  
DIANA: Del sueño, Otavio, me olvido  
con el cuidado de ver  
un hombre dentro en mi casa.  
OTAVIO: Saber después lo que pasa  
fuera discreción, y hacer  
secreta averiguación.  
DIANA: Sois, Otavio, muy discreto;  
que dormir sobre un secreto  
es notable discreción.

*Salen FABIO, MARCELA, DOROTEA, ANARDA*

FABIO: Las que importan he traído;  
que las demás no sabrán  
lo que deseas, y están  
rindiendo al sueño el sentido.  
Las de tu cámara solas

estaban por acostar.

ANARDA: (De noche se altera el mar, **Aparte**  
y se enfurecen las olas.)

FABIO: ¿Quieres quedar sola?

DIANA: Sí.

Salíos los dos allá.

[FABIO habla] aparte a OTAVIO

FABIO: (¡Bravo examen!

OTAVIO: Loca está.

FABIO: Y sospechosa de mí.)

Vanse OTAVIO y FABIO

DIANA: Llégate aquí, Dorotea.

DOROTEA: ¿Qué manda vuseñoría?

DIANA: Que me dijese querría  
quién esta calle pasea.

DOROTEA: Señora, el marqués Ricardo,  
y algunas veces el conde  
Paris.

DIANA: La verdad responde  
de lo que decirte aguardo,  
si quieres tener remedio.

DOROTEA: ¿Qué te puedo yo negar?

DIANA: ¿Con quién los has visto hablar?

DOROTEA: Si me pusieses en medio  
de mil llamas, no podré  
decir que, fuera de ti,  
hablar con nadie los vi  
que en aquesta casa esté.

DIANA: ¿No te han dado algún papel?

¿Ningún paje ha entrado aquí?

DOROTEA: Jamás.

DIANA: Apártate allí.

[MARCELA habla] aparte a ANARDA

MARCELA: (¡Brava inquisición!

ANARDA: Crüel.)

DIANA: Oye, Anarda.





DIANA: Retírate, Anarda, allí.  
ANARDA: Muestra aquí tu entendimiento.  
DIANA: (Con más templanza me siento, **Aparte**  
sabiendo que no es por mí.)

MARCELA: Marcela...  
MARCELA: Señora...  
DIANA: Escucha.  
MARCELA: ¿Qué mandas? (Temblando llego.) **Aparte**  
DIANA: ¿Eres tú de quien fiaba  
mi honor y mis pensamientos?  
MARCELA: Pues ¿qué te han dicho de mí,  
sabiendo tú que profeso  
la lealtad que tú mereces?  
DIANA: ¿Tú, lealtad?  
MARCELA: ¿En qué te ofendo?  
DIANA: ¿No es ofensa que en mi casa,  
y dentro de mi aposento,  
entre un hombre a hablar contigo ?  
MARCELA: Está Teodoro tan necio  
que donde quiera me dice  
dos docenas de requiebros.  
DIANA: ¿Dos docenas? ¡Bueno a fe!  
Bendiga el buen año el cielo,  
pues se venden por docenas.  
MARCELA: Quiero decir que, en saliendo  
o entrando, luego a la boca  
traslada sus pensamientos.  
DIANA: ¿Traslada? Término extraño.  
¿Y qué te dice?  
MARCELA: No creo  
que se me acuerde.  
DIANA: Sí hará.  
MARCELA: Una vez dice, "Yo pierdo  
el alma por esos ojos."  
Otra, "Yo vivo por ellos;  
esta noche no he dormido,  
desvelando mis deseos  
en tu hermosura." Otra vez  
me pide sólo un cabello  
para atarlos, porque estén  
en su pensamiento quedos.  
Mas ¿para qué me preguntas  
niñerías?  
DIANA: Tú a lo menos  
bien te huelgas.  
MARCELA: No me pesa;  
porque de Teodoro entiendo  
que estos amores dirige  
a fin tan justo y honesto,  
como el casarse conmigo.  
DIANA: Es el fin del casamiento  
honesto blanco de amor.  
¿Quieres que yo trate desto?  
MARCELA: ¡Qué mayor bien para mi!  
Pues ya, señora, que veo

tanta blandura en tu enojo  
y tal nobleza en tu pecho,  
te aseguro que le adoro,  
porque es el mozo más cuerdo,  
más prudente y entendido,  
más amoroso y discreto,  
que tiene aquesta ciudad.

DIANA: Ya sé yo su entendimiento  
del oficio en que me sirve.

MARCELA: Es diferente el sujeto  
de una carta, en que les pruebas  
a dos títulos tu deudo,  
de verle hablar más de cerca,  
en estilo dulce y tierno,  
razones enamoradas.

DIANA: Marcela, aunque me resuelvo  
a que os caséis, cuando sea  
para ejecutarlo tiempo,  
no puedo dejar de ser  
quien soy, como ves que debo  
a mi generoso nombre;  
porque no fuera bien hecho  
daros lugar en mi casa.

(Sustentar mi enojo quiero.)  
Pues ya que todos lo saben,  
tú podrás con más secreto  
proseguir ese tu amor;  
que en la ocasión yo me ofrezco  
a ayudaros a los dos;  
que Teodoro es hombre cuerdo,  
y se ha criado en mi casa;  
y a ti, Marcela, te tengo  
la obligación que tú sabes,  
y no poco parentesco.

**Aparte**

MARCELA: A tus pies tienes tu hechura.

DIANA: Vete.

MARCELA: Mil veces los beso.

DIANA: Dejadme sola.

[ANARDA habla] aparte a MARCELA

ANARDA: (¿Qué ha sido?)

MARCELA: Enojos en mi provecho.

DOROTEA: ¿Sabe tus secretos ya?

MARCELA: Sí sabe, y que son honestos.)

*MARCELA, DOROTEA y ANARDA hacen tres reverencias a  
la condesa, y se van*

DIANA:                   Mil veces he advertido en la belleza,  
gracia y entendimiento de Teodoro,  
que a no ser desigual a mi decoro,  
estimara su ingenio y gentileza.  
                  Es el amor común naturaleza;  
mas yo tengo mi honor por más tesoro,  
que los respetos de quien soy adoro,  
y aun el pensarlo tengo por bajeza.  
                  La envidia bien sé yo que ha de quedarme;  
que si la suelen dar bienes ajenos,  
bien tengo de que pueda lamentarme,  
                  porque quisiera yo que, por lo menos,  
Teodoro fuera más, para igualarme,  
o yo, para igualarle, fuera menos.

*Vase DIANA. Salen TEODORO Y TRISTÁN*

TEODORO:                No he podido sosegar.  
TRISTÁN:                Y aun es con mucha razón;  
que ha de ser tu perdición  
si lo llega a averiguar.  
                  Díjete que la dejaras  
acostar, y no quisiste.  
TEODORO:                Nunca el amor se resiste.  
TRISTÁN:                Tiras, pero no reparas.  
TEODORO:                Los diestros lo hacen así.  
TRISTÁN:                Bien sé yo que si lo fueras,  
el peligro conocieras.  
TEODORO:                ¿Si me conoció?  
TRISTÁN:                No y sí;  
                  que no conoció quién eras,  
y sospecha le quedó.  
TEODORO:                Cuando Fabio me siguió  
bajando las escaleras,  
                  fue milagro no matalle.  
TRISTÁN:                ¡Qué lindamente tiré  
mi sombrero a la luz!  
TEODORO:                Fue  
detenelle y deslumbralle,  
                  porque si adelante pasa,  
no le dejara pasar.  
TRISTÁN:                Dije a la luz al bajar,  
"Di que no somos de casa";  
                  y respondiíme: "Mentís."  
Alcé y tiréle el sombrero;  
¿quedé agraviado?  
TEODORO:                Hoy espero  
mi muerte.  
TRISTÁN:                Siempre decís  
                  esas cosas los amantes  
cuando menos pena os dan.

TEODORO:           Pues ¿qué puedo hacer, Tristán,  
                      en peligros semejantes?

TRISTÁN:           Dejar de amar a Marcela,  
                      pues la condesa es mujer  
                      que si lo llega a saber,  
                      no te ha de valer cautela  
                      para no perder su casa.

TEODORO:           Y ¿no hay más sino olvidar?

TRISTÁN:           Liciones te quiero dar  
                      de cómo el amor se pasa.

TEODORO:           ¿Ya comienzas desatinos?

TRISTÁN.           Con arte se vence todo:  
                      oye, por tu vida, el modo  
                      por tan fáciles caminos.  
                      Primeramente has de hacer  
                      resolución de olvidar,  
                      sin pensar que has de tornar  
                      eternamente a querer;  
                      que si te queda esperanza  
                      de volver, no habrá remedio  
                      de olvidar; que si está en medio  
                      la esperanza, no hay mudanza.  
                      ¿Por qué piensas que no olvida  
                      luego un hombre a una mujer?  
                      Porque, pensando volver,  
                      va entreteniendo la vida.  
                      Ha de haber resolución  
                      dentro del entendimiento,  
                      con que cesa el movimiento  
                      de aquella imaginación.  
                      ¿No has visto faltar la cuerda  
                      de un reloj, y estarse quedas  
                      sin movimiento las ruedas?  
                      Pues desafortunada se acuerda  
                      el que tienen las potencias,  
                      cuando la esperanza falta.

TEODORO:           Y la memoria, ¿no salta  
                      luego a hacer mil diligencias,  
                      despertando el sentimiento  
                      a que del bien no se prive?

TRISTÁN:           Es enemigo que vive  
                      asido al entendimiento,  
                      como dijo la canción  
                      de aquel español poeta;  
                      mas por eso es linda treta  
                      vencer la imaginación.

## El perro del hortelano [part 2](#)

[Return to COMEDIA home page](#)

Electronic text by [Vern G. Williamsen](#) and [J T Abraham](#)

This file was last updated on November 11, 1997

TEODORO:                   ¿Cómo?

TRISTÁN:                   Pensando defetos,  
y no gracias; que olvidando,  
defetos están pensando,  
que no gracias, los discretos.

    No la imagines vestida  
con tan linda proporción  
de cintura, en el balcón  
de unos chapines subida.

    Toda es vana arquitectura;  
porque dijo un sabio un día  
que a los sastres se debía  
la mitad de la hermosura.

    Como se ha de imaginar  
una mujer semejante,  
es como un disciplinante  
que le llevan a curar.

    Esto sí; que no adornada  
del costoso faldellín.  
Pensar defetos, en fin,  
es medicina aprobada.

    Si de acordarte que veías  
alguna vez una cosa  
que te pareció asquerosa,  
no comes en treinta días;  
    acordándote, señor,  
de los defetos que tiene,  
si a la memoria te viene,  
se te quitará el amor.

TEODORO:                   ¡Qué grosero cirujano!  
¡Qué rústica curación!  
Los remedios al fin son  
como de tu tosca mano.

    Médico empírico eres;  
no has estudiado, Tristán.  
Yo no imagino que están  
desa suerte las mujeres,  
    sino todas cristalinas,  
como un vidrio transparentes.

TRISTÁN:                   ¡Vidrio! Sí, muy bien lo sientes,  
si a verlas quebrar caminas;  
    mas si no piensas pensar  
defetos, pensarte puedo,  
porque ya he perdido el miedo

de que podrás olvidar.

Pardiez, yo quise una vez,  
con esta cara que miras,  
a una alforja de mentiras,  
años cinco veces diez;

y entre otros dos mil defetos,  
cierta barriga tenía,  
que encerrar dentro podía,  
sin otros mil parapetos,  
cuantos legajos de pliegos  
algún escritorio apoya,  
pues como el caballo en Troya  
pudiera meter cien griegos.

¿No has oído que tenía  
cierto lugar un nogal,  
que en el tronco un oficial  
con mujer y hijos cabía,  
y aun no era la casa escasa?  
Pues de esa misma manera,  
en esta panza cupiera  
un tejedor y su casa.

Y queriéndola olvidar  
--que debió de convenirme--,  
dio la memoria en decirme  
que pensase en blanco azar,  
en azucena y jazmín,  
en marfil, en plata, en nieve,  
y en la cortina, que debe  
de llamarse el faldellín,  
con que yo me deshacía.

Mas tomé más cuerdo acuerdo,  
y di en pensar, como cuerdo,  
lo que más le parecía;

cestos de calabazones,  
baúles viejos, maletas  
de cartas para estafetas,  
almofrejes y jergones;

con que se trocó en desdén  
el amor y la esperanza,  
y olvidé la dicha panza  
por siempre jamás amén;

que era tal, que en los dobleces,  
y no es mucho encarecer,  
se pudieran esconder  
cuatro manos de almireces.

TEODORO: En las gracias de Marcela

no hay defetos que pensar.  
Yo no la pienso olvidar.

TRISTÁN: Pues a tu desgracia apela,  
y sigue tan loca empresa.

TEODORO: Toda es gracias: ¿qué he de hacer?

TRISTÁN: Pensarlas hasta perder  
la gracia de la condesa.

*Sale DIANA*

DIANA: Teodoro

TEODORO: (La misma es.) **Aparte**

DIANA: Escucha.

TEODORO: A tu hechura manda.

TRISTÁN: (Si en averiguarlo anda,  
de casa volamos tres.) **Aparte**

DIANA: Hame dicho cierta amiga  
que desconfía de sí  
que el papel que traigo aquí  
le escriba. A hacerlo me obliga  
la amistad, aunque yo ignoro,  
Teodoro, cosas de amor;  
y que le escribas mejor  
vengo a decirte, Teodoro.  
Toma y léele.

TEODORO: Si aquí,  
señora, has puesto la mano,  
igualarle fuera en vano,  
y fuera soberbia en mí.  
Sin verle, pedirte quiero  
que a esa señora le envíes.

DIANA: Léele.

TEODORO: Que desconfíes  
me espanto: aprender espero  
estilo que yo no sé;  
que jamás traté de amor.

DIANA: ¿Jamás, jamás?

TEODORO: Con temor  
de mis defetos, no amé;  
que soy muy desconfiado.

DIANA: Y se puede conocer



de que no te dejas ver,  
pues que te vas rebozado.

TEODORO:                    ¡Yo, señora! ¿Cuándo o cómo?

DIANA:                     Dijéronme que salió  
anoche acaso, y te vio  
rebozado el mayordomo.

TEODORO:                   Andaríamos burlando  
Fabio y yo, como solemos,  
que mil burlas nos hacemos.

DIANA:                     Lee, lee.

TEODORO:                   Estoy pensando  
que tengo algún envidioso.

DIANA:                     Celoso podría ser.  
Lee, lee.

TEODORO:                   Quiero ver  
ese ingenio milagroso.

*Lee*

"Amar por ver amar, envidia ha sido;  
y primero que amar estar celosa  
es invención de amor maravillosa,  
y que por imposible se ha tenido.

De los celos mi amor ha procedido  
por pesarme que, siendo más hermosa,  
no fuese en ser amada tan dichosa,  
que hubiese lo que envidio merecido.

Estoy sin ocasión desconfiada,  
celosa sin amor, aunque sintiendo:  
debo de amar, pues quiero ser amada.

Ni me dejo forzar ni me defiendo;  
darme quiero a entender sin decir nada:  
entiéndame quien puede; yo me entiendo."

DIANA:                     ¿Qué dices?

TEODORO:                   Que si esto es  
a propósito del dueño,  
no he visto cosa mejor;  
mas confieso que no entiendo  
cómo puede ser que amor



anda salido estos días;  
y hace mal un caballero,  
sabiendo que su lacayo  
le va sirviendo de espejo,  
de lucero y de cortina,  
en no traerle bien puesto.  
Escalera del señor,  
si va a caballo, un discreto,  
nos llamó, pues a su cara  
se sube por nuestros cuerpos.  
No debe de poder más.

DIANA: ¿Juega?

TRISTÁN: ¡Pluguiera a los cielos!

Que a quien juega, nunca faltan,  
de esto o de aquello, dineros.  
Antiguamente los reyes  
algún oficio aprendieron,  
por, si en la guerra o la mar  
perdían su patria y reino,  
saber con qué sustentarse:  
¡dichosos los que pequeños  
aprendieron a jugar!  
Pues en faltando, es el juego  
un arte noble que gana  
con poca pena el sustento.  
Verás un grande pintor,  
acrisolando el ingenio,  
hacer una imagen viva,  
y decir el otro necio  
que no vale diez escudos;  
y que el que juega, en diciendo  
"paro," con salir la suerte,  
le sale a ciento por ciento.

DIANA: En fin, ¿no juega?

TRISTÁN: Es cuitado.

DIANA: A la cuenta será cierto  
tener amores.

TRISTÁN: ¡Amores!

¡Oh qué donaire! Es un hielo.

DIANA: Pues un hombre de su talle,  
galán, discreto y mancebo,  
¿no tiene algunos amores  
de honesto entretenimiento?

TRISTÁN: Yo trato en paja y cebada,  
no en papeles y requiebros.  
De día te sirve aquí;

que está ocupado sospecho.

DIANA: Pues ¿nunca sale de noche?

TRISTÁN: No le acompaño; que tengo  
una cadera quebrada.

DIANA: ¿De qué, Tristán?

TRISTÁN: Bien te puedo

responder lo que responden  
las malcasadas, en viendo  
cardenales en su cara  
del mojicón de los celos:  
"Rodé por las escaleras."

DIANA: ¿Rodaste?

TRISTÁN: Por largo trecho.

Con las costillas conté  
los pasos.

DIANA: Forzoso es eso,  
si a la lámpara, Tristán,  
le tirabas el sombrero.

TRISTÁN: (¡Oxte, puto! ¡Vive Dios,  
que se sabe todo el cuento!)

**Aparte**

DIANA: ¿No respondes?

TRISTÁN: Por pensar  
cuándo..., pero ya me acuerdo:  
Anoche andaban en casa  
unos murciélagos negros;  
el sombrero les tiraba,  
fuese a la luz uno de ellos,  
y acerté, por dar en el,  
en la lámpara, y tan presto  
por la escalera rodé,  
que los dos pies se me fueron.

DIANA: Todo está muy bien pensado;  
pero un libro de secretos  
dice que es buena la sangre  
para quitar el cabello,  
de esos murciélagos digo;  
y haré yo sacarla luego,  
si es cabello la ocasión,  
para quitarla con ellos.

TRISTÁN: (¡Vive Dios, que hay chamusquina,  
y que por murciegalero  
me pone en una galera!)

**Aparte**

DIANA: (¡Qué traigo de pensamientos!)

*Sale FABIO*

FABIO: Aquí está el marqués Ricardo.

DIANA: Poned esas sillas luego.

*Salen RICARDO y CELIO, y vanse FABIO y  
TRISTÁN*

RICARDO: Con el cuidado que el amor, Diana,  
pone en un pecho que aquel fin desea  
que la mayor dificultad allana,  
el mismo quiere que te adore y vea:  
solicito mi causa, aunque por vana  
esta ambición algún contrario crea,  
que dando más lugar a su esperanza,  
tendrá menos amor que confianza.

Está vuseñoría tan hermosa,  
que estar buena el mirarla me asegura;  
que en la mujer--y es bien pensada cosa--  
la más cierta salud es la hermosura;  
que en estando gallarda, alegre, airosa,  
es necedad, es ignorancia pura,  
llegar a preguntarle si está buena,  
que todo entendimiento la condena.

Sabiendo que lo estáis, como lo dice  
la hermosura, Diana, y la alegría,  
de mí, si a la razón no contradice,  
saber, señora, cómo estoy querría.

DIANA: Que vuestra señoría solemnice  
lo que en Italia llaman gallardía  
por hermosura, es digno pensamiento  
de su buen gusto y claro entendimiento.

Que me pregunte cómo está, no creo  
que soy tan dueño suyo que lo diga.

RICARDO: Quien sabe de mi amor y mi deseo  
el fin honesto a este favor se obliga.  
A vuestros deudos inclinados veo  
para que en lo tratado se prosiga;



*[RICARDO habla] aparte [a CELIO]*

(Celio, ¿qué te parece?

CELIO: Que quisiera  
que ya tu justo amor premio tuviera.)

*Vanse RICARDO y CELIO*

**El perro del hortelano [part 3](#)**

**[Return to COMEDIA home page](#)**

**Electronic text by [Vern G. Williamsen](#) and [J T Abraham](#)**

This file was last updated on November 11, 1997

DIANA:                   ¿Escribiste?  
TEODORO:                   Ya escribí,  
                          aunque bien desconfiado;  
                          mas soy mandado y forzado.  
DIANA:                   Muestra.  
TEODORO:                   Lee.  
DIANA:                   Dice así:

*Lee*

"Querer por ver querer envidia fuera,  
si quien lo vio sin ver amar no amara,  
porque si antes de ver, no amar pensara,  
después no amara, puesto que amar viera.

Amor, que lo que agrada considera  
en ajeno poder, su amor declara;  
que como la color sale a la cara,  
sale a la lengua lo que al alma altera.

No digo más, porque lo mis ofendo  
desde lo menos, si es que desmerezco  
porque del ser dichoso me defiendo.

Esto que entiendo solamente ofrezco;  
que lo que no merezco no lo entiendo,  
por no dar a entender que lo merezco."

DIANA:                   Muy bien guardaste el decoro.  
TEODORO:                   ¿Búrlaste?  
DIANA:                   ¡Pluguiera a Dios!  
TEODORO:                   ¿Qué dices?  
DIANA:                   Que de los dos,  
                          el tuyo vence, Teodoro.  
TEODORO:                   Pésame, pues no es pequeño  
                          principio de aborrecer  
                          un criado, el entender  
                          que sabe más que su dueño.  
                          De cierto rey se contó  
                          que le dijo a un gran privado:  
                          "Un papel me da cuidado,



y si bien le he escrito yo,  
quiero ver otro de vos,  
y el mejor escoger quiero."  
Escribióle el caballero,  
y fue el mejor de los dos.

Como vio que el rey decía  
que era su papel mejor,  
y díjole al mayor  
hijo, de tres que tenía:

"Vámonos del reino luego;  
que en gran peligro estoy yo."  
El mozo le preguntó  
la causa, turbado y ciego;  
y respondióle: "Ha sabido  
el rey que yo sé más que él;  
--que es lo que en este papel  
me puede haber sucedido.

DIANA: No, Teodoro; que aunque digo  
que es el tuyo más discreto,  
es porque sigue el conceto  
de la materia que sigo;

y no para que presuma  
tu pluma que, si me agrada,  
pierdo el estar confiada  
de los puntos de mi pluma.

Fuera de que soy mujer  
a cualquier error sujeta,  
y no sé si muy discreta,  
como se me echa de ver.

Desde lo menos, aquí  
dices que ofendes lo más;  
y amando, engañado estás,  
porque en amor no es así;  
que no ofende un desigual  
amando, pues sólo entiendo  
que se ofende aborreciendo.

TEODORO: Ésa es razón natural;

mas pintaron a Faetonte  
y a Ícaro despeñados,  
uno en caballos dorados,  
precipitado en un monte;  
y otro, con alas de cera,  
derretido en el crisol  
del sol.

DIANA: No lo hiciera el sol  
si, como es sol, mujer fuera.

Si alguna dama quisieres  
alta, sírvela y confía;  
que amor no es más que porfía:  
no son piedras las mujeres.  
Yo me llevo este papel;  
que despacio me conviene  
verle.

TEODORO: Mil errores tiene.

DIANA: No hay error ninguno en él.

TEODORO: Honras mi deseo; aquí  
traigo el tuyo.

DIANA: Pues allá  
le guarda..., aunque bien será  
rasgarle.

TEODORO: ¿Rasgarle?

DIANA: Sí;  
que no importa. ¿Que se pierda,  
si se puede perder más?

*Vase [DIANA]*

TEODORO: Fuése. ¿Quién pensó jamás  
de mujer tan noble y cuerda  
este arrojarse tan presto  
a dar su amor a entender?  
Pero también puede ser  
que yo me engañase en esto.  
Mas, ¿no me ha dicho jamás,  
ni a lo menos se me acuerda?  
"Pues ¿qué importa que se pierda,  
si se puede perder más?"  
"Perder más", bien puede ser  
por la mujer que decía...  
--Mas todo es bachillería,  
y ella es la misma mujer.  
Aunque no; que la condesa  
es tan discreta y tan varia,  
que es la cosa más contraria  
de la ambición que profesa.  
Sírvenga príncipes hoy  
en Nápoles, que no puedo

ser su esclavo. Tengo miedo,  
que en grande peligro estoy.

Ella sabe que a Marcela  
sirvo, pues aquí ha fundado  
el engaño y me ha burlado...

Pero en vano se recela  
mi temor, porque jamás  
burlando salen colores.

¿Y el decir con mil temores  
que se puede perder más?

¿Qué rosa, al llorar la aurora,  
hizo de las hojas ojos,  
abriendo los labios rojos  
con risa a ver cómo llora,  
como ella los puso en mí,  
bañada en púrpura y grana;  
o qué pálida manzana  
se esmaltó de carmesí?

Lo que veo y lo que escucho,  
yo lo juzgo (o estoy loco)  
para ser de veras poco,  
y para de burlas mucho.

Mas teneos, pensamiento,  
que os vais ya tras la grandeza,  
aunque si digo belleza,  
bien sabéis vos que no miento;

que es bellísima Dïana,  
y en discreción sin igual.

*Sale MARCELA*

MARCELA: ¿Puedo hablarte?

TEODORO: Ocasión tal  
mil imposibles allana;

que por ti, Marcela mía,  
la muerte me es agradable.

MARCELA: Como yo te vea y hable  
dos mil vidas perdería.  
Estuve esperando el día.

como el pajarillo solo;  
y cuando vi que en el polo  
que Apolo más presto dora,  
le despertaba la aurora,  
dije: "Yo veré mi Apolo."

Grandes cosas han pasado;  
que no se quiso acostar  
la condesa hasta dejar  
satisfecho su cuidado.  
Amigas que han envidiado  
mi dicha con deslealtad,  
le han contado la verdad;  
que entre quien sirve, aunque veas  
que hay amistad, no lo creas,  
porque es fingida amistad.

Todo lo sabe en efeto;  
que si es Dïana la luna,  
siempre a quien ama importuna,  
salió y vio nuestro secreto.  
Pero será, te prometo,  
para mayor bien, Teodoro;  
que del honesto decoro  
con que tratas de casarte  
le di parte, y dije aparte  
cuán tiernamente te adoro.

Tus prendas le encarecí  
tu estilo, tu gentileza;  
y ella entonces su grandeza  
mostró tan piadosa en mí,  
que se alegró de que en ti  
hubiese los ojos puesto,  
y de casarnos muy presto  
palabra también me dio,  
luego que de mí entendió  
que era tu amor tan honesto.

Yo pensé que se enojara  
y la casa revolviera,  
que a los dos nos despidiera  
y a los demás castigara;  
mas su sangre ilustre y clara,  
y aquel ingenio en efeto  
tan prudente y tan perfeto,  
conoció lo que mereces.  
¡Oh, bien haya amén mil veces  
quien sirve a señor discreto!

TEODORO:

¿Que casarme prometió

contigo?

MARCELA:                               Pues ¿pones duda  
que a su ilustre sangre acuda?

TEODORO:                               (Mi ignorancia me engañó.  
¡Qué necio pensaba yo  
que hablaba en mí la condesa!  
De haber pensado me pesa  
que pudo tenerme amor;  
que nunca tan alto azor  
se humilla a tan baja presa.)

**Aparte**

MARCELA:                               ¿Qué murmuras entre ti?

TEODORO:                               Marcela, conmigo habló;  
pero no se declaró  
en darme a entender que fui  
el que embozado salí  
anoche de su aposento.

MARCELA:                               Fue discreto pensamiento,  
por no obligarse al castigo  
de saber que hablé contigo,  
si no lo es el casamiento;  
              que el castigo más piadoso  
de dos que se quieren bien  
es casarlos.

TEODORO:                               Dices bien,  
y el remedio más honroso.

MARCELA:                               ¿Querrás tú?

TEODORO:                               Seré dichoso.

MARCELA:                               Confírmalo.

TEODORO:                               Con los brazos,  
que son los rasgos y lazos,  
de la pluma del amor,  
pues no hay rúbrica mejor  
que la que firman los brazos.

*Sale DIANA*

DIANA:                                Esto se ha enmendado bien.  
Agora estoy muy contenta;  
que siempre a quien reprehende  
da gran gusto ver la enmienda.  
No os turbéis ni os alteréis.

TEODORO: Dije, señora, a Marcela  
 que anoche salí de aquí  
 con tanto disgusto y pena  
 de que vuestra señoría  
 imaginase en su ofensa  
 este pensamiento honesto  
 para casarme con ella  
 que me he pensado morir;  
 y dándome por respuesta  
 que mostrabas en casarnos  
 tu piedad y tu grandeza,  
 dile mis brazos; y advierte  
 que si mentirte quisiera,  
 no me faltara un engaño;  
 pero no hay cosa que venza,  
 como decir la verdad,  
 a una persona discreta.

DIANA: Teodoro, justo castigo  
 la deslealtad mereciera  
 de haber perdido el respeto  
 a mi casa; y la nobleza  
 que usé anoche con los dos  
 no es justo que parte sea  
 a que os atreváis así;  
 que en llegando a desvergüenza  
 el amor, no hay privilegio  
 que al castigo le defienda.  
 Mientras no os casáis los dos,  
 mejor estará Marcela  
 cerrada en un aposento;  
 que no quiero yo que os vean  
 juntos las demás criadas,  
 y que por ejemplo os tengan  
 para casárseme todas.  
 ¡Dorotea! ¡Ah Dorotea!

*Sale DOROTEA*

DOROTEA: Señora...

DIANA: Toma esta llave,  
 y en mi propia cuadra encierra

a Marcela; que estos días  
podrá hacer labor en ella.  
No diréis que esto es enojo.

[DOROTEA habla] aparte a [MARCELA]

DOROTEA: (¿Qué es esto, Marcela?  
MARCELA: Fuerza  
de un poderoso tirano  
y una rigurosa estrella.  
Enciérrame por Teodoro.  
DOROTEA: Cárcel aquí no la temas,  
y para puertas de celos  
tiene amor llave maestra.)

*Vanse MARCELA y DOROTEA*

DIANA: En fin, Teodoro, ¿tú quieres  
casarte?  
TEODORO: Yo no quisiera  
hacer cosa sin tu gusto;  
y créeme, que mi ofensa  
no es tanta como te han dicho;  
que bien sabes que con lengua  
de escorpión pintan la envidia;  
y que si Ovidio supiera  
qué era servir no en los campos,  
no en las montañas desiertas  
pintara su oscura casa;  
que aquí habita y aquí reina.  
DIANA: Luego ¿no es verdad que quieres  
a Marcela?  
TEODORO: Bien pudiera  
vivir sin Marcela yo.  
DIANA: Pues dícame que por ella  
pierdes el seso.





que ha días que no sosiega  
de amores de un hombre humilde.  
Porque si en quererle piensa,  
ofende su autoridad;  
y si de quererle deja,  
pierde el juicio de celos;  
que el hombre, que no sospecha  
tanto amor, anda cobarde,  
aunque es discreto, con ella.

TEODORO: Yo, señora, ¿sé de amor?  
No sé, por Dios, cómo pueda  
aconsejarte.

DIANA: ¿No quieres,  
como dices, a Marcela?  
¿No le has dicho esos requiebros?  
Tuvieran lenguas las puertas,  
que ellas dijeran...

TEODORO: No hay cosa  
que decir las puertas puedan.

DIANA: Ea, que ya te sonrojas,  
y lo que niega la lengua,  
confieras con las colores.

TEODORO: Si ella te lo ha dicho, es necia.  
Una mano le tomé,  
y no me quedé con ella,  
que luego se la volví;  
no sé yo de qué se queja.

DIANA: Sí, pero hay manos que son  
como la paz de la Iglesia,  
que siempre vuelven besadas.

TEODORO: Es necísima Marcela.  
Es verdad que me atreví  
pero con mucha vergüenza,  
a que templase la boca  
con nieve y con azucenas.

DIANA: ¿Con azucenas y nieve?  
Huelgo de saber que temple  
ese emplasto el corazón.  
Ahora bien, ¿qué me aconsejas?

TEODORO: Que si esa dama que dices  
hombre tan bajo desea,  
y de quererle resulta  
a su honor tanta bajeza,  
haga que con un engaño,  
sin que la conozca, pueda  
gozarle.



aunque melindres lo aprueban,  
que una mano, si es honrada,  
traiga la cara cubierta.

TEODORO: Quiero estimar la merced  
que me has hecho.

DIANA: Cuando seas  
escudero, la darás  
en el ferreruelo envuelta;  
que agora eres secretario:  
con que te he dicho que tengas  
secreta aquesta caída,  
si levantarte deseas.

*Vase*

TEODORO: ¿Puedo creer que aquesto es verdad? Puedo,  
si miro que es mujer Diana hermosa.  
Pidió mi mano, y la color de rosa,  
al dársela, robó del rostro el miedo.  
Tembló, yo lo sentí: dudoso quedo.  
¿Qué haré? Seguir mi suerte venturosa;  
si bien, por ser la empresa tan dudosa,  
niego al temor lo que al valor concedo.  
Mas dejar a Marcela es caso injusto;  
que las mujeres no es razón que esperen  
de nuestra obligación tanto disgusto.  
Pero si ellas nos dejan cuando quieren  
por cualquiera interés o nuevo gusto,  
mueran también como los hombres mueren.

---

**FIN DEL PRIMER ACTO**

---

**El perro del hortelano [part 4](#)**

**[Return to COMEDIA home page](#)**

**Electronic text by [Vern G. Williamsen](#) and [J T Abraham](#)**

---

## ACTO SEGUNDO

---

*Salen El Conde FEDERICO y  
LEONIDO*

FEDERICO:           ¿Aquí la viste?  
LEONIDO:            Aquí entró,  
                  como el alba por un prado,  
                  que a su tapete bordado  
                  la primera luz le dio;  
                  y según la devoción,  
                  no pienso que tardarán;  
                  que conozco al capellán  
                  y es más breve que es razón.  
FEDERICO:            ¡Ay si la pudiese hablar!  
LEONIDO:            Siendo tú su primo, es cosa  
                  acompañarla forzosa.  
FEDERICO:            El pretenderme casar  
                  ha hecho ya sospechoso  
                  mi parentesco, Leonido;  
                  que antes de haberla querido  
                  nunca estuve temeroso.  
                  Verás que un hombre visita  
                  una dama libremente  
                  por conocido o pariente,  
                  mientras no la solicita;  
                  pero en llegando a querella,  
                  aunque de todos se guarde,  
                  menos entra, y más cobarde,  
                  y apenas habla con ella.  
                  Tal me ha sucedido a mí  
                  con mi prima la condesa;  
                  tanto, que de amar me pesa,  
                  pues lo más del bien perdí,  
                  pues me estaba mejor vella  
                  tan libre como solía.

*Salen RICARDO y CELIO, que se quedan lejos de  
FEDERICO y LEONIDO*

CELIO:               A pie digo que salía,  
                  y alguna gente con ella.

RICARDO: Por estar la iglesia enfrente,  
y por preciarse del talle,  
ha querido honrar la calle.

CELIO: ¿No has visto por el oriente  
salir serena mañana  
el sol con mil rayos de oro,  
cuando dora el blanco Toro  
que pace campos de grana,  
que así llamaba un poeta  
los primeros arreboles?  
Pues tal salió con dos soles,  
más hermosa y más perfeta,  
la bellísima Dïana,  
la condesa de Belflor.

RICARDO: Mi amor te ha vuelto pintor  
de tan serena mañana;  
y hácesla sol con razón,  
porque el sol en sus caminos  
va pasando varios sinos,  
que sus pretendientes son.

Mira que allí Federico  
aguarda sus rayos de oro.

CELIO: ¿Cuál de los dos será el toro  
a quien hoy al sol aplico ?

RICARDO: Él, por primera aflicción,  
aunque del nombre se guarde,  
que yo, por entrar más tarde,  
seré el signo del león.

FEDERICO: ¿Es aquél Ricardo?

LEONIDO: Él es.

FEDERICO: Fuera maravilla rara  
que de este puesto faltara.

LEONIDO: Gallardo viene el marqués.

FEDERICO: No pudieras decir más,  
si tú fueras el celoso.

LEONIDO: ¿Celos tienes?

FEDERICO: ¿No es forzoso?  
De alabarle me los das.

LEONIDO: Si a nadie quiere Dïana,  
¿de qué los puedes tener?

FEDERICO: De que le puede querer;  
que es mujer.

LEONIDO: Sí, mas tan vana,  
tan altiva y desdeñosa,  
que a todos os asegura.

FEDERICO: Es soberbia la hermosura.

LEONIDO: No hay ingratitud hermosa.

CELIO: Dïana sale, señor.

RICARDO: Pues tendrá mi noche día.

CELIO: ¿Hablarásla?

RICARDO: Eso querría,  
si quiere el competidor.

*Salen DIANA, OTAVIO, FABIO; y detrás,  
MARCELA, DOROTEA y ANARDA, con mantos. [FEDERICO habla] a*

DIANA

FEDERICO: Aquí aguardaba con deseo de veros  
DIANA: Señor conde, seáis muy bien hallado.  
RICARDO: Y yo, señora, con el mismo agora  
a acompañaros vengo y a serviros.  
DIANA: Señor marqués, ¿qué dicha es esta mía?  
¡Tanta merced!  
RICARDO: Bien debe a mi deseo  
vuseñoría este cuidado.

[FEDERICO habla] a su criado [LEONIDO]

FEDERICO: Creo  
que no soy bien mirado y admitido.  
LEONIDO: Háblala; no te turbes.  
FEDERICO: ¡Ay Leonido!  
Quien sabe que no gustan de escuchalle,  
¿de qué te admiras que se turbe y calle?

*Vanse. Sale TEODORO*

TEODORO: Nuevo pensamiento mío,  
desvanecido en el viento,  
que con ser mi pensamiento,  
de veros volar me río,  
parad, detened el brío,  
que os detengo y os provoco;  
porque si el intento es loco,  
de los dos lo mismo escucho,  
aunque donde el premio es mucho,  
el atrevimiento es poco.  
Y si por disculpa dais  
que es infinito el que espero,  
averigüemos primero,  
pensamiento, en qué os fundáis.  
Vos a quien servís amáis;  
diréis que ocasión tenéis,  
si a vuestros ojos creéis;  
pues, pensamiento, decildes  
que sobre pajas humildes  
torres de diamante hacéis.  
Si no me sucede bien,  
quiero culparos a vos;

mas teniéndola los dos,  
 no es justo que culpa os den;  
 que podréis decir también  
 cuando del alma os levanto,  
 y de la altura me espanto  
 donde el amor os subió,  
 que el estar tan bajo yo  
 os hace a vos subir tanto.

Cuando algún hombre ofendido,  
 al que le ofende defiende,  
 que dio la ocasión se entiende.  
 Del daño que os ha venido,  
 sed en buen hora atrevido;  
 que aunque los dos nos perdamos,  
 esta disculpa llevamos:  
 que vos os perdéis por mí  
 y que yo tras vos me fui,  
 sin saber adónde vamos.

Id en buen hora, aunque os den  
 mil muertes por atrevido;  
 que no se llama perdido  
 el que se pierde tan bien.  
 Como a otros dan parabién  
 de lo que hallan, estoy tal,  
 que de perdición igual  
 os le doy; porque es perderse  
 tan bien, que puede tenerse  
 envidia del mismo mal.

*Sale TRISTÁN*

TRISTÁN: Si en tantas lamentaciones  
 cabe un papel de Marcela,  
 que contigo se consuela  
 de sus pasadas prisiones,  
 bien te le daré sin porte,  
 porque a quien no ha menester  
 nadie le procura ver,  
 a la usanza de la corte.  
 Cuando está en alto lugar  
 un hombre (y ¡qué bien lo imitas!),  
 ¡qué le vienen de visitas  
 a molestar y a enfadar!  
 Pero si mudó de estado,  
 como es la fortuna incierta,  
 todos huyen de su puerta  
 como si fuese apestado.  
 ¿Parécete que lavemos  
 en vinagre este papel?

TEODORO: Contigo, necio, y con él  
 entrambas cosas tenemos.  
 Muestra; que vendrá lavado,



si en tus manos ha venido.

*Lee*

"A Teodoro, mi marido."  
¿Marido? ¡Qué necio enfado!  
¡Qué necia cosa!

TRISTÁN: Es muy necia.

TEODORO: Pregúntale a mi ventura  
si, subida a tanta altura,  
esas mariposas precia.

TRISTÁN: Léele, por vida mía,  
aunque ya estés tan divino;  
que no hace desprecio el vino  
de los mosquitos que cría;  
que yo sé cuando Marcela,  
que llamas ya mariposa,  
era águila caudalosa.

TEODORO: El pensamiento, que vuela  
a los mismos cercos de oro  
del sol, tan baja la mira,  
que aun de que la ve se admira.

TRISTÁN: Hablas con justo decoro  
mas ¿qué haremos del papel?

TEODORO: Esto.

TRISTÁN: ¿Rasgástele?

TEODORO: Sí.

TRISTÁN: ¿Por qué, señor?

TEODORO: Porque así  
respondí más presto a él.

TRISTÁN: Ése es injusto rigor.

TEODORO: Ya soy otro; no te espantes.

TRISTÁN: Basta; que sois los amantes  
boticarios del amor;  
que, como ellos las recetas,  
vais ensartando papeles.  
Récipe celos crueles,  
agua de azules violetas.

Récipe un desdén extraño,  
**Sirupi del borrajorum,**  
con que la sangre **templorum,**  
para asegurar el daño.

Récipe ausencia: tomad  
un emplasto para el pecho;  
que os hiciera más provecho  
estaros en la ciudad.

Récipe de matrimonio:  
allí es menester jarabes,  
y tras diez días süaves  
purgalle con antimonio.

Récipe **signum celeste,**  
que **Capricornio dicetur:**

ese enfermo **morietur**,  
si no es que paciencia preste.

Récipe que de una tienda  
joya o vestido **sacabis**:  
con tabletas **confortabis**  
la bolsa que tal emprenda.

A esta traza, finalmente,  
van todo el año ensartando.  
Llega la paga: en pagando,  
o viva o muera el doliente,  
se rasga todo papel.  
Tú la cuenta has acabado,  
y el de Marcela has rasgado  
sin saber lo que hay en él.

TEODORO: Ya tú debes de venir  
con el vino que otras veces.

TRISTÁN: Pienso que te desvaneces  
con lo que intentas subir.

TEODORO: Tristán, cuantos han nacido  
su ventura han de tener;  
no saberla conocer  
es el no haberla tenido.

TRISTÁN: O morir en la porfía,  
o ser conde de Belflor.  
César llamaron, señor,  
a aquel duque que traía  
escrito por gran blasón:  
"César o nada"; y en fin  
tuvo tan contrario el fin,  
que al fin de su pretensión  
escribió una pluma airada:  
"César o nada, dijiste,  
y todo, César, lo fuiste,  
pues fuiste César y nada."

TEODORO: Pues tomo, Tristán, la empresa,  
y haga después la fortuna  
lo que quisiere.

*Salen MARCELA y DOROTEA, sin reparar en TEODORO y  
TRISTÁN*

DOROTEA: Si a alguna,  
de tus desdichas le pesa,  
de todas las que servimos  
a la condesa, soy yo.

MARCELA: En la prisión que me dio,  
tan justa amistad hicimos,  
y yo me siento obligada  
de suerte, mi Dorotea,  
que no habrá amiga que sea  
más de Marcela estimada.  
Anarda piensa que yo

no sé cómo quiere a Fabio.  
 Pues della nació mi agravio;  
 que a la condesa contó  
 los amores de Teodoro.

DOROTEA: Teodoro está aquí.

MARCELA: ¡Mi bien!...

TEODORO: Marcela, el paso detén.

MARCELA: ¿Cómo, mi bien, si te adoro,  
 cuando a mi ojos te ofreces?

TEODORO: Mira lo que haces y dices;  
 que en palacio los tapices  
 han hablado muchas veces.  
 ¿De qué piensas que nació  
 hacer figuras en ellos?  
 De avisar que detrás dellos  
 siempre algún vivo escuchó.

Si un mudo viendo matar  
 a un rey, su padre, dio voces,  
 figuras que no conoces  
 pintadas sabrán hablar.

MARCELA: ¿Has leído mi papel?

TEODORO: Sin leerle le he rasgado;  
 que estoy tan escarmentado,  
 que rasgué mi amor con él.

MARCELA: ¿Son los pedazos aquéstos?

TEODORO: Sí, Marcela.

MARCELA: Y ya ¿mi amor  
 has rasgado?

TEODORO: ¿No es mejor  
 que vernos por puntos puestos  
 en peligros tan extraños?  
 Si tú de mi intento estás,  
 no tratemos desto más  
 para excusar tantos daños.

MARCELA: ¿Qué dices?

TEODORO: Que estoy dispuesto  
 a no darle más enojos  
 a la condesa.

MARCELA: En los ojos  
 tuve muchas veces puesto  
 el temor desta verdad.

TEODORO: Marcela, queda con Dios.  
 Aquí acaba de los dos  
 el amor, no el amistad.

MARCELA: ¡Tú dices eso, Teodoro,  
 a Marcela!

TEODORO: Yo lo digo;  
 que soy de quietud amigo,  
 y de guardar el decoro  
 a la casa que me ha dado  
 el ser que tengo.

MARCELA: Oye, advierte.

TEODORO: Déjame.

MARCELA: ¿De aquesta suerte  
 me tratas?

TEODORO: ¡Qué necio enfado!



MARCELA: ...mas yo me veré vengada.  
Ni soy tan necia, que ignoro  
las tretas de hacer pesar.

*Sale FABIO*

FABIO: ¿Está el secretario aquí?  
MARCELA: ¿Es por burlarte de mí?  
FABIO: Por Dios, que le ando a buscar;  
que le llama mi señora.  
MARCELA: Fabio, que sea o no sea,  
pregúntale a Dorotea  
cuál puse a Teodoro agora.  
¿No es majadero cansado  
este secretario nuestro?  
FABIO: ¡Qué engaño tan necio el vuestro!  
¿Querréis que esté deslumbrado  
de lo que los dos tratáis?  
¿Es concierto de los dos?  
MARCELA: ¿Concierto? ¡Bueno!  
FABIO: Por Dios,  
que pienso que me engañáis.  
MARCELA: Confieso, Fabio, que oí  
las locuras de Teodoro;  
mas yo sé que a un hombre adoro,  
harto parecido a ti.  
FABIO: ¿A mí?  
MARCELA: Pues ¿no te pareces  
a ti?  
FABIO: Pues, ¿a mí Marcela?  
MARCELA: Si te hablo con cautela,  
Fabio, si no me enloqueces,  
si tu talle no me agrada,  
si no soy tuya, mi Fabio,  
máteme el mayor agravio,  
que es el querer despreciada.  
FABIO: Es engaño conocido,  
o tú te quieres morir,  
pues quieres restituír  
el alma que me has debido.  
Si es burla o es invención,  
¿a qué camina tu intento?  
DOROTEA: Fabio, ten atrevimiento  
y aprovecha la ocasión;  
que hoy te ha de querer Marcela  
por fuerza.  
FABIO: Por voluntad  
fuera amor, fuera verdad.  
DOROTEA: Teodoro mis alto vuela;  
de Marcela se descarta.  
FABIO: Marcela, a buscarle voy.  
Bueno en sus desdenes soy,

si amor te convierte en carta,  
el sobrescrito a Teodoro,  
y en su ausencia denla a Fabio.  
Mas yo perdono el agravio,  
aunque ofenda mi decoro,  
y de espacio te hablaré,  
siempre tuyo en bien o en mal.

Vase

DOROTEA: ¿Qué has hecho?  
MARCELA: No sé ; estoy tal  
que de mi misma no sé.  
Anarda ¿no quiere a Fabio?  
DOROTEA: Sí quiere.  
MARCELA: Pues de los dos  
me vengo; que amor es dios  
de la envidia y del agravio.

*Salen DIANA y ANARDA. [Hablan aparte]*

DIANA: (Ésta ha sido la ocasión;  
no me reprehendas más.  
ANARDA: La disculpa que me das  
me ha puesto en más confusión.  
Marcela está aquí, señora,  
hablando con Dorotea.  
DIANA: Pues no hay disgusto que sea  
para mi mayor agora.)  
MARCELA: Salte allá fuera, Marcela.  
Vamos, Dorotea, de aquí.  
(Bien digo yo que de mí  
o se enfada o se recela.)

*Vanse MARCELA y DOROTEA*

**El perro del hortelano [part 5](#)**

**[Return to COMEDIA home page](#)**

Electronic text by [Vern G. Williamsen](#) and [J T Abraham](#)

This file was last updated on November 11, 1997

ANARDA:                   ¿Puédote hablar?

DIANA:                               Ya bien puedes.

ANARDA:           Los dos que de aquí se van  
ciegos de tu amor están;  
tú en desdeñarlos, excedes  
          la condición de Anajarte,  
la castidad de Lucrecia;  
y quien a tantos desprecia.

DIANA:           Ya me canso de escucharte.

ANARDA:           ¿Con quién se piensa casar?  
¿No puede el marqués Ricardo,  
por generoso y gallardo,  
si no exceder, igualar  
          al más poderoso y rico?  
Y la más noble mujer,  
¿también no lo puede ser  
de tu primo Federico?  
          ¿Por qué los has despedido  
con tan extraño desprecio?

DIANA:           Porque uno es loco, otro necio,  
y tú, en no haberme entendido,  
          más, Anarda, que los dos.  
No los quiero, porque quiero,  
y quiero porque no espero  
remedio.

ANARDA:                   ¡Válame Dios!  
          ¿Tú quieres?

DIANA:                               ¿No soy mujer?

ANARDA:           Sí, pero imagen de hielo,  
donde el mismo sol del cielo  
podrá tocar y no arder.

DIANA:           Pues esos hielos, Anarda,  
dieron todos a los pies  
de un hombre humilde.

ANARDA:                               ¿Quién es?

DIANA:           La vergüenza me acobarda,  
          que de mi propio valor  
tengo: no diré su nombre;  
basta que sepas que es hombre  
que puede infamar mi honor.

ANARDA:           Sí Pasifé quiso un toro,  
Semíramis un caballo,  
y otras los monstruos que callo  
por no infamar su decoro,  
          ¿qué ofensa te puede hacer  
querer hombre, sea quien fuere?

DIANA:           Quien quiere puede, si quiere,  
como quiso, aborrecer.  
          Esto es lo mejor: yo quiero  
no querer.

ANARDA:                               ¿Podrás?

DIANA:                               Podré;  
que si cuando quise amé,  
no amar en queriendo espero.



*Tocan dentro*

¿Quién canta?

ANARDA: Fabio con Clara.  
DIANA: ¡Ojalá que me diviertan!  
ANARDA: Música y amor conciertan  
bien; en la canción repara.

*Cantan dentro*

MUSICA: "Oh quién pudiera hacer, oh quién hiciese  
que en no queriendo amar aborreciese!  
¡Oh quién pudiera hacer, oh quién hiciera  
que en no queriendo amar aborreciera!"

ANARDA: ¿Qué te dice la canción?  
¿No ves que te contradice?  
DIANA: Bien entiendo lo que dice;  
mas yo sé mi condición,  
y sé que estará en mi mano,  
como amar, aborrecer.  
ANARDA: Quien tiene tanto poder  
pasa del límite humano.

*Sale TEODORO*

TEODORO: Fabio me ha dicho, señora,  
que le mandaste buscarme.  
DIANA: Horas ha que te deseo.  
TEODORO: Pues ya vengo a que me mandes,  
y perdona si he faltado.  
DIANA: Ya has visto a estos dos amantes...  
estos dos mis pretendientes.  
TEODORO: Sí, señora.  
DIANA: Buenos talles  
tienen los dos.  
TEODORO: Y muy buenos.  
DIANA: No quiero determinarme  
sin tu consejo. ¿Con cuál  
te parece que me case?  
TEODORO: Pues ¿qué consejo, señora,

puedo yo en las cosas darte  
que consisten en tu gusto?  
Cualquiera que quieras darme  
por dueño, será el mejor.

DIANA: Mal pagas el estimarte  
por consejero, Teodoro,  
en caso tan importante.

TEODORO: Señora, en casa, ¿no hay viejos  
que entienden de casos tales ?  
Otavio, tu mayordomo,  
con experiencia lo sabe,  
fuera de su larga edad.

DIANA: Quiero yo que a ti te agrade  
el dueño que has de tener.  
¿Tiene el marqués mejor talle  
que mi primo?

TEODORO: Sí, señora.

DIANA: Pues elijo al marqués: parte,  
y pídele las albricias.

*Vanse la condesa [DIANA] y ANARDA*

TEODORO: ¿Hay desdicha semejante?  
¿Hay resolución tan breve?  
¿Hay mudanza tan notable?  
¿Estos eran los intentos  
que tuve? ¡Oh, sol abrasadme  
las alas con que subí,  
pues vuestro rayo deshace  
las más atrevidas plumas  
a la belleza de un ángel!  
Cayó Diana en su error.  
¡Oh, qué mal hice en fiarme  
de una palabra amorosa!  
¡Ay! ¿Cómo entre desiguales  
mal se concierta el amor!  
Pero ¿es mucho que me engañen  
aquellos ojos a mí,  
si pudieran ser bastantes  
a hacer engaños a Ulises?  
De nadie puedo quejarme,  
sino de mí. Pero en fin,  
¿qué pierdo cuando me falte?  
Haré cuenta que he tenido  
algún accidente grave,  
y que mientras me duró,  
imaginé disparates.  
No más; despedíos de ser,  
oh pensamiento arrogante,  
conde de Belflor; volved  
la proa a la antigua margen;  
queramos nuestra Marcela;



esa mujer, ese hechizo,  
ese monstruo de mudanzas,  
que sólo perderme quiso  
por afrentar sus vitorias;  
y que dijese me dijo  
cuál de los dos me agradaba;  
porque sin consejo mío  
no se pensaba casar.  
Quedé muerto, y tan perdido,  
que no responder locuras  
fue de mi locura indicio.  
Díjome, en fin, que el marqués  
le agradaba, y que yo mismo  
fuese a pedir las albricias.  
Ella, en fin, ¿tiene marido?  
El marqués Ricardo.

TRISTÁN:

TEODORO:

TRISTÁN:

Pienso  
que, a no verte sin jüicio,  
y porque dar aflicción  
no es justo a los afligidos,  
que agora te diera vaya  
de aquel pensamiento altivo  
con que a ser conde aspirabas.  
Si aspiré, Tristán, ya expiro.

TEODORO:

TRISTÁN:

TEODORO:

La culpa tienes de todo.  
No lo niego; que yo he sido  
fácil en creer los ojos  
de una mujer.

TRISTÁN:

Yo te digo  
que no hay vasos de veneno  
a los mortales sentidos,  
Teodoro, como los ojos  
de una mujer.

TEODORO:

De corrido,  
te juro, Tristán, que apenas  
puedo levantar los míos.  
Esto pasó, y el remedio  
es sepultar en olvido  
el suceso y el amor.

TRISTÁN:

¿Que arrepentido y contrito  
has de volver a Marcela?

TEODORO:

Presto seremos amigos.

*Sale MARCELA, sin reparar en TEODORO y  
TRISTÁN*

MARCELA:

¡Qué mal que finge amor quien no la tiene!  
¡qué mal puede olvidarse amor de un año,  
pues mientras más el pensamiento engaño,  
más atrevido a la memoria viene!  
Pero si es fuerza y al honor conviene,  
remedio suele ser del desengaño

curar el propio amor amor extraño;  
que no es poco remedio el que entretiene.

Mas ¡ay! que imaginar que puede amarse  
en medio de otro amor, es atreverse  
a dar mayor venganza por vengarse.

Mejor es esperar que no perderse;  
que suelen alguna vez, pensando helarse  
amor, con los remedios encenderse.

TEODORO: Marcela...

MARCELA: ¿Quién es?

TEODORO: Yo soy.

¿Así te olvidas de mí?

MARCELA: Y tan olvidada estoy,  
que a no imaginar en ti  
fuera de mí misma voy.

Porque si en mí misma fuera,  
te imaginara y te viera;  
que para no imaginarte,  
tengo el alma en otra parte,  
aunque olvidarte no quiera.

¿Cómo me osaste nombrar?  
¿Cómo cupo en esa boca  
mi nombre?

TEODORO: Quise probar  
tu firmeza, y es tan poca,  
que no me ha dado lugar.

Ya dicen que se empleó  
tu cuidado en un sujeto  
que mi amor sustituyó.

MARCELA: Nunca, Teodoro, el discreto  
mujer ni vidrio probó.

Mas no me des a entender  
que prueba quisiste hacer;  
yo te conozco, Teodoro:  
unos pensamientos de oro  
te hicieron enloquecer.

¿Cómo te va? ¿No te salen  
como tú los imaginas?

¿No te cuestan lo que valen?

¿No hay dichas que las divinas  
partes de tu dueño igualen?

¿Qué ha sucedido? ¿Qué tienes?

Turbado, Teodoro, vienes.

¿Mudóse aquel vendaval?

¿Vuelves a buscar tu igual,  
o te burlas y entretienes?

Confieso que me holgaría  
que dieses a mi esperanza,  
Teodoro, un alegre día.

TEODORO: Si le quieres con venganza,  
¿qué mayor, Marcela mía?

Pero mira que el amor  
es hijo de la nobleza;  
no muestres tanto rigor;  
que es la venganza bajeza

indigna del vencedor.

Venciste: yo vuelvo a ti,  
Marcela; que no salí  
con aquel mi pensamiento.  
Perdona el atrevimiento,  
si ha quedado amor en ti.

No porque no puede ser  
proseguir las esperanzas  
con que te pude ofender  
mas porque en estas mudanzas  
memorias me hacen volver.

Sean, pues, estas memorias  
parte a despertar la tuya,  
pues confieso tus vitorias.  
MARCELA: No quiera Dios que destruya  
los principios de tus glorias.

Sirve, bien haces, porfía,  
no te rindas; que dirá  
tu dueño que es cobardía.  
Sigue tu dicha; que ya  
voy prosiguiendo la mía.

No es agravio amar a Fabio,  
pues me dejaste, Teodoro,  
sino el remedio más sabio;  
que aunque el dueño no mejoro,  
basta vengar el agravio.

Y quédate a Dios; que ya  
me cansa el hablar contigo;  
no venga Fabio, que está  
medio casado conmigo.

TEODORO: Tenla, Tristán; que se va.

TRISTÁN: Señora, señora, advierte  
que no es volver a quererte  
dejar de haberte querido.  
Disculpa el buscarte ha sido,  
si ha sido culpa ofenderte.

Oyeme, Marcela, a mí.

MARCELA: ¿Qué quieres, Tristán?

TRISTÁN: Espera.

*Salen DIANA y ANARDA*

DIANA: (Teodoro y Marcela aquí?) **Aparte**

ANARDA: Parece que el ver te altera  
que estos dos se hablen ansí.

DIANA: Toma, Anarda, esa antepuerta,  
y cubrámonos las dos.  
(Amor con celos despierta.) **Aparte**

*Ocúltanse DIANA y ANARDA*

MARCELA: Déjame, Tristán, por Dios.  
ANARDA: Tristán a los dos concierto,  
          que deben estar reñidos.  
DIANA: (El alcahuete lacayo **Aparte**  
          me ha quitado los sentidos.)  
TRISTÁN: No pasó más presto el rayo,  
          que por sus ojos y oídos  
          pasó la necia belleza  
          desa mujer que le adora.  
          Ya desprecia su riqueza;  
          que más riqueza atesora  
          tu gallarda gentileza.  
          Haz cuenta que fue cometa  
          aquel amor. Ven acá,  
          Teodoro.  
DIANA: (¡Brava estafeta **Aparte**  
          es el lacayo!)  
TEODORO: Si ya  
          Marcela, a Fabio sujeta,  
          dice que le tiene amor,  
          ¿por qué me llamas, Tristán?  
TRISTÁN: ¡Otro enojado!  
TEODORO: Mejor  
          los dos casarse podrán.  
TRISTÁN: ¿Tú también? ¡Bravo rigor!  
          Ea, acaba, llega, pues,  
          dame esa mano, y después  
          que se hagan las amistades.  
TEODORO: Necio, ¿tú me persuades?  
TRISTÁN: Por mi quiero que le des  
          la mano esta vez, señor.  
TEODORO: ¿Cuándo he dicho yo a Marcela  
          que he tenido a nadie amor?  
          Y ella me ha dicho...  
TRISTÁN: Es cautela  
          para vengar tu rigor.  
MARCELA: No es cautela; que es verdad.  
TRISTÁN: Calla, boba. ¡Ea, llegad!  
          ¡Qué necios estáis los dos!  
TEODORO: Yo rogaba mas, ¡por Dios,  
          que no he de hacer amistad!  
MARCELA: Pues a mi me pase un rayo.  
TRISTÁN: No jures.

[MARCELA habla aparte a  
TRISTÁN]

MARCELA: (Aunque le nuestro  
          enojo, ya me desmayo.

TRISTÁN: Pues tente firme.)  
 DIANA: (¡Qué diestro **Aparte**  
 está el bellaco lacayo!)  
 MARCELA: Déjame, Tristán; que tengo  
 que hacer.  
 TEODORO: Déjala, Tristán.  
 TRISTÁN: Por mi, vaya.  
 TEODORO: Tenla.  
 MARCELA: Vengo  
 mi amor.  
 TRISTÁN: ¿Cómo no se van  
 ya? Que a ninguno detengo.  
 MARCELA: ¡Ay, mi bien!, no puedo irme.  
 TEODORO: Ni yo, porque no es tan firme  
 ninguna roca en la mar.  
 MARCELA: Los brazos te quiero dar.  
 TEODORO: Y yo a los tuyos asirme.  
 TRISTÁN: Si yo no era menester,  
 ¿por qué me hiciste cansar?

[Desde el paño ANARDA y DIANA]

ANARDA: (¿Desto gustas?  
 DIANA: Vengo a ver  
 lo poco que hay que fiar  
 de un hombre y una mujer.)  
 TEODORO: ¡Ay! ¡Qué me has dicho de afrentas!  
 TRISTÁN: Yo he salido ya, con veros  
 juntar las almas contentas;  
 que es desgracia de terceros  
 no se concertar las ventas.  
 MARCELA: Si te trocare, mi bien,  
 por Fabio ni por el mundo,  
 que tus agravios me den  
 la muerte.  
 TEODORO: Hoy de nuevo fundo,  
 Marcela, mi amor también;  
 y si te olvidare, digo  
 me dé el cielo en castigo  
 el verte en brazos de Fabio.  
 MARCELA: ¿Quieres deshacer mi agravio?  
 TEODORO: ¿Qué no haré por ti y contigo?  
 MARCELA: Di que todas las mujeres  
 son feas.  
 TEODORO: Contigo, es claro.  
 Mira qué otra cosa quieres.  
 MARCELA: En ciertos celos reparo,  
 ya que tan mi amigo eres;  
 que no importa que está aquí  
 Tristán.  
 TRISTÁN: Bien podéis por mí,  
 aunque de mí mismo sea.



MARCELA: Di que la condesa es fea.  
TEODORO: Y un demonio para mí.  
MARCELA: ¿No es necia?  
TEODORO: Por todo extremo.  
MARCELA: ¿No es bachillera?  
TEODORO: Es cuitada.

*[Aparte las dos desde el paño]*

DIANA: (Quiero estorbarlos; que temo  
que no reparen en nada,  
y aunque me hielo, me quemo.  
ANARDA: ¡Ay señora! No hagas tal.)  
TRISTÁN: Cuando queráis decir mal  
de la condesa y su talle,  
a mí me oíd.  
DIANA: (¡Escúchalle!  
¿Podré desvergüenza igual?)

TRISTÁN: Lo primero...  
DIANA: (Yo no aguardo  
a lo segundo; que fuera  
necedad.)  
MARCELA: Voyme, Teodoro.

*Adelántanse DIANA y ANARDA. MARCELA hace  
una reverencia a la condesa [DIANA] y se va*

**El perro del hortelano [part 6](#)**

**[Return to COMEDIA home page](#)**

**Electronic text by [Vern G. Williamsen](#) and [J T Abraham](#)**

This file was last updated on November 11, 1997

TRISTÁN:           ¡La condesa!  
 TEODORO:                   (¡La condesa!)           **Aparte**  
 DIANA:            Teodoro...  
 TEODORO:                   Señora, advierte...  
 TRISTÁN:           (El cielo a tronar comienza:       **Aparte**  
                   no pienso aguardar los rayos.)

Vase

DIANA:            Anarda, un bufete llega.  
                   Escribiráme Teodoro  
                   una carta de su letra,  
                   pero notándola yo.  
 TEODORO:           (Todo el corazón me tiembla.       **Aparte**  
                   ¿Si oyó lo que hablado habemos?)  
 DIANA:            (Bravamente amor despierta       **Aparte**  
                   con los celos a los ojos.  
                   ¡Que aquéste amase a Marcela,  
                   y que yo no tenga partes  
                   para que también me quiera!  
                   ¡Que se burlasen de mí!)  
 TEODORO:           (Ella murmura y se queja;       **Aparte**  
                   bien digo yo que en palacio,  
                   para que a callar aprenda,  
                   tapices tienen oídos,  
                   y paredes tienen lenguas.)  
 ANARDA:           Este pequeño he traído,  
                   y tu escribanía.  
 DIANA:                                   Llega,  
                   Teodoro, y toma la pluma.  
 TEODORO:           (Hoy me mata o me destierra.)       **Aparte**  
 DIANA:            Escribe.  
 TEODORO:                   Di.  
 DIANA:                    No estás bien  
                   con la rodilla en la tierra;  
                   ponle, Anarda, una almohada.  
 TEODORO:           Yo estoy bien.  
 DIANA:                                   Pónsela, necia.  
 TEODORO:           (No me agrada este favor       **Aparte**  
                   sobre enojos y sospechas;  
                   con quien honra las rodillas,  
                   cortar quiere la cabeza.)  
                   Yo aguardo.  
 DIANA:                                   Yo digo ansí.  
 TEODORO:           (Mil cruces hacer quisiera.)       **Aparte**

*Siéntase la condesa en una silla alta. Ella  
 dicta y él va escribiendo*

DIANA: "Cuando una mujer principal se ha declarado con un hombre humilde, es lo mucho el término de volver a hablar con otra; mas quien no estima su fortuna, quédese para necio."

TEODORO: ¿No dices más?

DIANA: Pues, ¿qué más?  
El papel, Teodoro, cierra.

*[ANARDA habla aparte con DIANA]*

ANARDA: (¿Qué es esto que haces, señora?

DIANA: Necedades de amor llenas.

ANARDA: Pues, ¿a quién tienes amor?

DIANA: ¿Aún no le conoces, bestia?  
Pues yo sé que le murmuran de mi casa hasta las piedras.)

TEODORO: Ya el papel está cerrado;  
sólo el sobreescrito resta.

DIANA: Pon, Teodoro, para ti;  
y no lo entienda Marcela;  
que quizá le entenderás cuando de espacio le leas.

*Vanse la condesa [DIANA] y ANARDA*

TEODORO: ¡Hay confusión tan extraña!  
¡Que aquesta mujer me quiera con pausas, como sangría,  
y que tenga intercadencias el pulso de amor tan grandes!

*Sale MARCELA*

MARCELA: ¿Qué te ha dicho la condesa, mi bien?, que he estado temblando detrás de aquella antepuerta.

TEODORO: Díjome que te quería  
casar con Fabio, Marcela;  
y este papel que escribí  
es que despacha a su tierra  
por los dineros del dote.

MARCELA: ¿Qué dices?

TEODORO: Sólo que sea  
para bien, y pues te casas,  
que de burlas ni de veras  
tomes mi nombre en tu boca.

MARCELA: Oye.

TEODORO: Es tarde para quejas.

*Vase*

MARCELA: No, no puedo yo creer  
que aquésta la ocasión sea.  
Favores de aquesta loca  
le han hecho dar esta vuelta;  
que él está como arcaduz,  
que cuando baja, le llena  
del agua de su favor,  
y cuando sube, le mengua.  
¡Ay de mí, Teodoro ingrato,  
que luego que su grandeza  
te toca al arma, me olvidas!  
Cuando te quiere me dejas,  
cuando te deja me quieres.  
¿Quién ha de tener paciencia?

*Salen RICARDO y FABIO*

RICARDO: No pude, Fabio, detenerme un hora.  
Por tal merced le besaré las manos.

FABIO: Dile presto, Marcela, a mi señora  
que está el marqués aquí.

MARCELA: (Celos tiranos, **Aparte**  
celos crüeles, ¿qué queréis agora,  
tras tantos locos pensamientos vanos?)

FABIO: ¿No vas?

MARCELA: Ya voy.

FABIO: Pues dile que ha venido  
nuestro nuevo señor y su marido.

*Vase MARCELA*

RICARDO: Id, Fabio, a mi posada; que mañana  
os daré mil escudos y un caballo  
de la casta mejor napolitana.  
FABIO: Sabré, si no servillo, celebrallo.  
RICARDO: Éste es principio solo; que Diana  
os tiene por criado y por vasallo,  
y yo por solo amigo.  
FABIO: Esos pies beso.  
RICARDO: No pago así; la obligación confieso.

*Sale DIANA*

DIANA: ¡Vuseñoria aquí!  
RICARDO: Pues, ¿no era justo,  
si me enviáis con Fabio tal recado,  
y que después de aquel mortal disgusto,  
me elegís por marido y por criado?  
Dadme esos pies; que de manera el gusto  
de ver mi amor en tan dichoso estado  
me vuelve loco, que le tengo en poco,  
si me contento con volverme loco.  
¿Cuándo pensé, señora, mereceros,  
ni llegar a más bien que deseáros?  
DIANA: No acierto, aunque lo intento, a responderos.  
¡Yo he enviado a llamaros! ¿O es burlaros?  
RICARDO: Fabio, ¿qué es esto?  
FABIO: ¿Pude yo traerlos  
sin ocasión agora, ni llamaros,  
menos que de Teodoro prevenido?  
DIANA: Culpa, Ricardo, de Teodoro ha sido.  
Oyóme anteponer a Federico  
vuestra persona, como primo hermano  
y caballero generoso y rico,  
y presumió que os daba ya la mano.  
A vuestra señoría le suplico  
perdone aquestos necios.  
RICARDO: Fuera en vano  
dar a Fabio perdón, si no estuviera  
donde vuestra imagen le valiera.  
Bésoos los pies por el favor, y espero  
que ha de vencer mi amor esta porfía.

*Vase*

DIANA: ¿Paréceos bien a questo, majadero?  
FABIO: ¿Por qué me culpa a mí, vuseñoría?  
DIANA: Llamad luego a Teodoro. (¡Qué ligero **Aparte**  
este cansado pretensor venía,  
cuando me matan celos de Teodoro!)  
FABIO: (Perdí el caballo y mil escudos de oro.)

Vase

DIANA: ¿Qué me quieres, Amor? Ya, ¿no tenía  
olvidado a Teodoro? ¿Qué me quieres?  
Pero responderás que tú no eres,  
sino tu sombra, que detrás venía.  
¡Oh celos! ¿Qué no hará vuestra porfía?  
Malos letrados sois con las mujeres,  
pues jamás os pidieron pareceres  
que pudiese el honor guardarse un día.  
Yo quiero a un hombre bien; mas se me acuerda  
que yo soy mar y que es humilde barco,  
y que es contra razón que el mar se pierda.  
En gran peligro, Amor, el alma embarco;  
mas si tanto el honor tira la cuerda,  
por Dios, que temo que se rompa el arco.

*Salen TEODORO y FABIO. [Hablan aparte]*

FABIO: (Pensó matarme el marqués;  
pero, la verdad diciendo,  
más sentí los mil escudos.  
TEODORO: Yo quiero darte un consejo.  
FABIO: ¿Cómo?  
TEODORO: El conde Federico  
estaba perdiendo el seso  
porque el marqués se casaba.  
Parte, y di que el casamiento  
se ha deshecho, y te dará  
esos mil escudos luego.  
FABIO: Voy como un rayo.  
TEODORO: ¡Camina!

Vase FABIO

TEODORO:           ¿Llamábasme?

DIANA:                        Bien ha hecho  
ese necio en irse agora.

TEODORO:           Un hora he estado leyendo  
tu papel, y bien mirado,  
señora, tu pensamiento,  
hallo que mi cobardía  
procede de tu respeto;  
pero que ya soy culpado  
en tenerle, como necio,  
a tus muchas diligencias;  
y así, a decir me resuelvo  
que te quiero, y que es disculpa  
que con respeto te quiero.  
Temblando estoy, no te espantes.

DIANA:           Teodoro, yo te lo creo.  
¿Por qué no me has de querer  
si soy tu señora y tengo  
tu voluntad obligada,  
pues te estimo y favorezco  
más que a los otros criados?

TEODORO:           Ese lenguaje no entiendo.

DIANA:           No hay más que entender, Teodoro,  
ni pasar el pensamiento  
un átomo desta raya.  
Enfrena cualquier deseo;  
que de una mujer, Teodoro,  
tan principal, y más siendo  
tus méritos tan humildes,  
basta un favor muy pequeño  
para que toda la vida  
vivas honrado y contento.

TEODORO:           Cierto que vuseñoría  
--perdóneme si me atrevo--  
tiene en el jüicio a veces,  
que no en el entendimiento,  
mil lúcidos intervalos.  
¿Para qué puede ser bueno  
haberme dado esperanzas  
que en tal estado me han puesto,  
pues del peso de mis dichas  
caí, como sabe, enfermo  
casi un mes en una cama.  
Luego, ¿qué tratamos desto  
si cuando ve que me enfrío  
se abrasa de vivo fuego,  
y cuando ve que me abraso  
se hiela de puro hielo?  
Dejárame con Marcela.  
Mas viénele bien el cuento  
del perro del hortelano.  
No quiere, abrasada en celos,  
que me case con Marcela;  
y en viendo que no la quiero,  
vuelve a quitarme el jüicio,  
y a despertarme si duermo.  
Pues coma o deje comer;

porque yo no me sustento  
de esperanzas tan cansadas;  
que si no, desde aquí vuelvo  
a querer donde me quieren.

DIANA: Eso no, Teodoro: advierto  
que Marcela no ha de ser.  
En otro cualquier sujeto  
pon los ojos; que en Marcela  
no hay remedio.

TEODORO: ¿No hay remedio?  
Pues, ¿quiere vuseñoría  
que, si me quiere y la quiero,  
ande a probar voluntades?  
¿Tengo yo de tener puesto,  
adonde no tengo gusto,  
mi gusto por el ajeno?  
Yo adoro a Marcela, y ella  
me adora, y es muy honesto  
este amor.

DIANA: ¡Pícaro, infame!  
Haré yo que os maten luego.

TEODORO: ¿Qué hace vuseñoría?

DIANA: Daros, por sucio y grosero,  
estos bofetones.

*Salen FEDERICO y FABIO. [Hablan aparte]*

FABIO: (Tente.  
FEDERICO: Bien dices, Fabio; no entremos.  
Pero mejor es llegar.)  
Señora mía, ¿qué es esto?  
DIANA: No es nada: enojos que pasan  
entre criados y dueños.  
FEDERICO: ¿Quiere vuestra señoría  
alguna cosa?  
DIANA: No quiero  
más de hablaros en las mías.  
FEDERICO: Quisiera venir a tiempo  
que os hallara con más gusto.  
DIANA: Gusto, Federico, tengo;  
que aquésta son niñerías.  
Entrad y sabréis mi intento  
en lo que toca al marqués.

*Vase. [FEDERICO y FABIO] hablan aparte*

FEDERICO: (Fabio...





porque es mi rostro el espejo  
adonde mira su honor,  
y véngase en verle feo.

TRISTÁN:  
Señor, que Juana o Lucía  
cierren conmigo por celos,  
y me rompan con las uñas  
el cuello que ellas me dieron;  
que me repelen y arañen  
sobre averiguar por cierto  
que les hice un peso falso,  
¡vaya! Es gente de pandero,  
de media de cordellate  
y de zapato frailesco;  
pero que tan gran señora  
se pierda tanto el respeto  
a sí misma, es vil acción.

TEODORO:  
No sé, Tristán; pierdo el seso  
de ver que me está adorando,  
y que me aborrece luego.  
No quiere que sea suyo  
ni de Marcela; y si dejo  
de mirarla, luego busca  
por hablarme algún enredo.  
No dudes: naturalmente  
es del hortelano el perro.  
Ni come ni comer deja,  
ni está fuera ni está dentro.

TRISTÁN:  
Contáronme que un doctor,  
catedrático y maestro,  
tenía un ama y un mozo  
que siempre andaban riñendo.  
Reñían a la comida,  
a la cena, y hasta el sueño  
le quitaban con sus voces;  
que estudiar, no había remedio.  
Estando en lición un día,  
fuéle forzoso corriendo  
volver a casa, y entrando  
de improviso en su aposento,  
vio el ama y mozo acostados  
con amorosos requiebros,  
y dijo: "¡Gracias a Dios,  
que una vez en paz os veo!"  
Y esto imagino de entrambos,  
aunque siempre andáis riñendo.

*Sale DIANA*

DIANA: Teodoro...  
TEODORO: ¿Señora...  
TRISTÁN: (¿Es duende **Aparte**  
esta mujer?)

DIANA: SÓlo vengo  
a saber cómo te hallas.

TEODORO: ¿Ya no lo ves?

DIANA: ¿Estás bueno?

TEODORO: Bueno estoy.

DIANA: ¿Y no dirás  
"A tu servicio"?

TEODORO: No puedo  
estar mucho en tu servicio,  
siendo tal el tratamiento.

DIANA: ¡Qué poco sabes!

TEODORO: Tan poco  
que te siento y no te entiendo,  
pues no entiendo tus palabras,  
y tus bofetones siento.  
Si no te quiero te enfadas,  
y enójaste si te quiero;  
escríbeme si me olvido,  
y si me acuerdo te ofendo;  
pretendes que yo te entienda,  
y si te entiendo soy necio.  
Mátame o dame la vida;  
da un medio a tantos extremos.

DIANA: ¿Hícete sangre?

TEODORO: Pues, ¿no?

DIANA: ¿Adónde tienes el lienzo?

TEODORO: Aquí.

DIANA: Muestra.

TEODORO: ¿Para qué?

DIANA: ¿Para qué? Esta sangre quiero.  
Habla a Otavio, a quien agora  
mandé que te diese luego  
dos mil escudos, Teodoro.

TEODORO: ¿Para qué?

DIANA: Para hacer lienzos.

Vase

TEODORO: ¡Hay disparates iguales!

TRISTÁN: ¿Qué encantamientos son éstos?

TEODORO: Dos mil escudos me ha dado.

TRISTÁN: Bien puedes tomar al precio  
otros cuatro bofetones.

TEODORO: Dice que son para lienzos,  
y llevó el mío con sangre.

TRISTÁN: Pagó la sangre, y te ha hecho  
doncella por las narices.

TEODORO: No anda mal agora el perro,  
pues después que muerde, halaga.

TRISTÁN: Todos aquestos extremos  
han de parar en el ama  
del doctor.

TEODORO:

¡Quiéralo el cielo!

## FIN DEL ACTO SEGUNDO

**El perro del hortelano [part 7](#)**

**[Return to COMEDIA home page](#)**

**Electronic text by [Vern G. Williamsen](#) and [J T Abraham](#)**

---

## ACTO TERCERO

---

*Salen FEDERICO, RICARDO y CELIO*

RICARDO:           ¿Esto vistes?

FEDERICO:                               Esto vi.

RICARDO:           ¿Y que le dio bofetones?

FEDERICO:           El servir tiene ocasiones,  
mas no lo son para mí;  
                  que al poner una mujer  
de aquellas prendas la mano  
al rostro de un hombre, es llano  
que otra ocasión puede haber.

                  Y bien veis que lo acredita  
el andar tan mejorado.

RICARDO:           Ella es mujer y él criado.

FEDERICO:           Su perdición solicita.  
                  La fábula que pintó  
el filósofo moral  
de las dos ollas, ¡qué igual  
hoy a los dos la vistió!

                  Era de barro la una,  
la otra de cobre o hierro,  
que un río a los pies de un cerro  
llevó con varia fortuna.

                  Desvióse la de barro  
de la de cobre, temiendo  
que la quebrase: y yo entiendo  
pensamiento tan bizarro

                  del hombre y de la mujer  
hierro y barro, y no me espanto,  
pues acercándose tanto,  
por fuerza se han de romper.

RICARDO:           La altivez y bizarría  
de Diana me admiró,  
y bien puede ser que yo  
viese y no viese aquel día;  
                  mas ver caballos y pajes  
en Teodoro, y tantas galas,  
¿qué son sino nuevas alas?  
Pues criados, oro y trajes  
no los tuviera Teodoro

sin ocasión tan notable.

FEDERICO: Antes que desto se hable  
en Nápoles, y el decoro  
de vuestra sangre se ofenda,  
sea o no sea verdad,  
ha de morir.

RICARDO: Y es piedad  
matarle, aunque ella lo entienda.

FEDERICO: ¿Podrá ser?

RICARDO: Bien puede ser;  
que hay en Nápoles quien vive  
de eso y en oro recibe  
lo que en sangre ha de volver.  
No hay más de buscar un bravo,  
y que le despache luego.

FEDERICO: Por la brevedad os ruego.

RICARDO: Hoy tendrá su justo pago  
semejante atrevimiento.

*Viendo venir a TRISTÁN y otros  
tres*

FEDERICO: ¿Son bravos éstos?

RICARDO: Sin duda.

FEDERICO: El cielo ofendido ayuda  
vuestro justo pensamiento.

*Salen TRISTÁN, vestido de nuevo, FURIO,  
ANTONELO y LIRANO*

FURIO: Pagar tenéis el vino en alboroque  
del famoso vestido que os han dado.  
ANTONELO: Eso bien sabe el buen Tristán que es justo.  
TRISTÁN: Digo, señores, que de hacerlo gusto.  
LIRANO: Bravo salió el vestido.

TRISTÁN: Todo aquesto  
es cosa de chacota y zarandajas,  
respeto del lugar que tendré presto.  
Si no muda los bolos la Fortuna,  
secretario he de ser del secretario.

LIRANO: Mucha merced le hace la condesa  
a vuestro amo, Tristán.

TRISTÁN: Es su privanza,  
es su mano derecha, y es la puerta  
por donde se entra a su favor. Dejemos  
favores y fortunas, y bebamos.

FURIO: En este tabernáculo sospecho

que hay lágrima famosa y malvasía.

TRISTÁN: Probemos vino greco ; que deseo  
hablar en griego, y con beberlo basta.

[RICARDO habla] aparte a FEDERICO

RICARDO: (Aquel moreno, del color quebrado,  
me parece el más bravo, pues que todos  
le estiman, hablan y hacen cortesía.)  
Celio...

CELIO: ¿Señor...

RICARDO: De aquellos gentileshombres  
llama al descolorido.

A TRISTÁN

CELIO: ¡Ah caballero!  
Antes que se entre en esa santa ermita,  
el marqués, mi señor, hablarle quiere.

A sus amigos

TRISTÁN: Camaradas, allí me llama un príncipe:  
no puedo rehusar el ver qué manda.  
Entren, y tomen siete u ocho azumbres,  
y aperciban dos dedos de formache,  
en tanto que me informo de su gusto.

ANTONELO: Pues despachad a prisa.

TRISTÁN: Iré volando.

Vanse FURIO, ANTONELO y LIRANO

RICARDO: ¿Qué es lo que manda vuestra señoría?  
El veros entre tanta valentía  
nos ha obligado al conde Federico  
y a mí, para saber si seréis hombre  
para matar un hombre.

TRISTÁN: (¡Vive el cielo, **Aparte**  
que son los pretendientes de mi ama,  
y que hay algún enredo! Fingir quiero.)

FEDERICO: ¿No respondéis?

TRISTÁN: Estaba imaginando  
si vuestra señoría está burlando  
de nuestro modo de vivir; pues vive  
el que reparte fuerzas a los hombres,  
que no hay en toda Nápoles espada  
que no tiemble de sólo el nombre mío.  
¿No conocéis a Héctor? Pues no hay Héctor  
adonde está mi furibundo brazo;  
que si él lo fue de Troya, yo de Italia.

FEDERICO: Éste es, marqués, el hombre que buscamos.  
Por vida de los dos, que no burlamos;  
sino que si tenéis conforme al nombre  
el ánimo, y queréis matar a un hombre,  
que os demos el dinero que quisiéredes.

TRISTÁN: Con doscientos escudos me contento,  
y sea el diablo.

RICARDO: Yo os daré trescientos,  
y despachadle a questa noche.

TRISTÁN: El nombre  
del hombre espero y parte del dinero.

RICARDO: ¿Conocéis a Diana, la condesa  
de Belflor?

TRISTÁN: Y en su casa tengo amigos.

RICARDO: ¿Mataréis un criado de su casa?

TRISTÁN: Mataré los criados y criadas  
y los mismos frisonos de su coche.

RICARDO: Pues a Teodoro habéis de dar la muerte.

TRISTÁN: Eso ha de ser, señores, de otra suerte,  
porque Teodoro, como yo he sabido,  
no sale ya de noche, temeroso  
por ventura de haberos ofendido;  
que le sirva estos días me ha pedido.  
dejádmelo servir, y yo os ofrezco  
de darle alguna noche dos mojadas,  
con que el pobrete "in pace requiescat",  
y yo quede seguro y sin sospecha.  
¿Es algo lo que digo?

FEDERICO: No pudiera  
hallarse en toda Nápoles un hombre  
que tan seguramente le matara.  
Servilde, pues, y así al descuido un día  
pegalde, y acudid a nuestra casa.

TRISTÁN: Yo he menester agora cien escudos.

RICARDO: Cincuenta tengo en esta bolsa; luego  
que yo os vea en su casa de Diana,  
os ofrezco los ciento, y muchos cientos.

TRISTÁN: Eso de muchos cientos no me agrada.  
Vayan vuseñorías en buen hora;  
que me aguardan Mastranzo, Rompemuros,  
Mano de Hierro, Arfuz y Espantadiablos;  
y no quiero que acaso piensen algo.

RICARDO: Decís muy bien: adiós.

FEDERICO: ¡Qué gran ventura!



RICARDO: A Teodoro contalde por difunto.  
FEDERICO: El bellacón, ¡qué bravo talle tiene!

*Vanse FEDERICO, RICARDO y CELIO*

TRISTÁN: Avisar a Teodoro me conviene.  
Perdone el vino greco y los amigos.  
A casa voy; que está de aquí muy lejos.  
Mas éste me parece que es Teodoro.

*Sale TEODORO*

TRISTÁN: Señor, ¿adónde vas?  
TEODORO: Lo mismo ignoro;  
porque de suerte estoy, Tristán amigo,  
que no sé adónde voy ni quién me lleva.  
Solo y sin alma, el pensamiento sigo,  
que al sol me dice que la vista atreva.  
¿Ves cuánto ayer Diana habló conmigo?  
Pues hoy de aquel amor se halló tan nueva,  
que apenas jurarás que me conoce,  
porque Marcela de mi mal se goce.  
TRISTÁN: Vuelve hacia casa; que a los dos importa  
que no nos vean juntos.  
TEODORO: ¿De qué suerte?  
TRISTÁN: Por el camino te diré quién corta  
los pasos dirigidos a tu muerte.  
TEODORO: ¡Mi muerte! Pues, ¿por qué?  
TRISTÁN: La voz reporta,  
y la ocasión de tu remedio advierte.  
Ricardo y Federico me han hablado,  
y que te dé la muerte concertado.  
TEODORO: ¿Ellos a mí?  
TRISTÁN: Por ciertos bofetones  
el amor de tu dueño conjeturan,  
y pensando que soy de los leones  
que a tales homicidios se aventuran,  
tu vida me han trocado a cien doblones,  
y con cincuenta escudos me aseguran.  
Yo dije que un amigo me pedía  
que te sirviese, y que hoy te serviría,  
donde más fácilmente te matase,  
a efecto de guardarte desta suerte.  
TEODORO: ¡Pluguiera a Dios que alguno me quitase  
la vida, y me sacase desta muerte!  
TRISTÁN: ¿Tan loco estás?  
TEODORO: ¿No quieres que me abraze

por tan dulce ocasión? Tristán, advierte  
que si Dïana algùn camino hallara  
de disculpa, conmigo se casara.  
Teme su honor, y cuando más se abrasa,  
se hiela y me desprecia.

TRISTÁN: Si te diese  
remedio, ¿qué dirás?

TEODORO: Que a ti se pasa  
de Ulises el espíritu.

TRISTÁN: Si fuese  
tan ingenioso, que a tu misma casa  
un generoso padre te trajese,  
con que fueses igual a la condesa,  
¿no saldrías, señor, con esta empresa?

TEODORO: Eso es sin duda.

TRISTÁN: El conde Ludovico  
caballero ya viejo, habrá veinte años  
que enviaba a Malta un hijo de tu nombre,  
que era sobrino de su gran maestro.  
Cautiváronle moros de Biserta,  
y nunca supo dél, muerto ni vivo.  
Éste ha de ser tu padre, y tú su hijo,  
y yo lo he de trazar.

TEODORO: Tristán, advierte

que puedes levantar alguna cosa  
que nos cueste a los dos la honra y vida.  
TRISTÁN: A casa hemos llegado. A Dios te queda;  
que tú serás marido de Dïana  
antes que den las doce de mañana.

Vase

TEODORO: Bien al contrario pienso yo dar medio  
a tanto mal, pues el Amor bien sabe  
que no tiene enemigo que le acabe  
con más facilidad que tierra en medio.

Tierra quiero poner, pues que remedio,  
con ausentarme, Amor, rigor tan grave,  
pues no hay rayo tan fuerte que se alabe  
que entró en la tierra, de tu ardor remedio.

Todos los que llegaron a este punto,  
poniendo tierra en medio te olvidaron;  
que en tierra al fin le resolvieron junto.

Y la razón que de olvidar hallaron  
es que amor se confiesa por difunto,  
pues que con tierra en medio te enterraron.

Sale DIANA



Vase

DIANA:                    ¡Buena quedo agora!  
                          ¡Maldígate Dios, honor!  
                          Temeraria invención fuiste,  
tan opuesta al propio gusto.  
¿Quién te inventó? Mas fue justo,  
pues que tu freno resiste  
                          tantas cosas tan mal hechas.

*Vuelve TEODORO*

TEODORO:                Vuelvo a saber si hoy podré  
partirme.

DIANA:                    Ni yo lo sé,  
ni tú, Teodoro, sospechas  
                          que me pesa de mirarte,  
pues que te vuelves aquí.

TEODORO:                Señora, vuelvo por mí,  
que no estoy en otra parte;  
                          y como me he de llevar,  
vengo para que me des  
a mí mismo.

DIANA:                    Si después  
te has de volver a buscar,  
                          no me pidas que te dé.  
Pero vete; que el amor  
lucha con mi noble honor,  
y vienes tú a ser traspié.  
                          Vete, Teodoro, de aquí;  
no te pidas, aunque puedas;  
que yo sé que si te quedas,  
allá me llevas a mí.

TEODORO:                Quede vuestra señoría  
con Dios.

Vase

DIANA:                    ¡Maldita ella sea,  
pues me quita que yo sea  
de quien el alma quería!  
                          ¡Buena quedo yo, sin quien

era luz de aquestos ojos!  
Pero sientan sus enojos:  
quien mira mal, llore bien;  
ojos, pues os habéis puesto  
en cosa tan desigual,  
pagad el mirar tan mal;  
que no soy la culpa desto;  
mas no lloren; que también  
tiempla el mal llorar los ojos;  
pero sientan sus enojos.  
Quien mira mal, llore bien;  
aunque tendrán ya pensada  
la disculpa para todo;  
que el sol los pone en el lodo,  
y no se le pega nada.  
Luego bien es que no den  
en llorar. Cesas, mis ojos.  
Pero sientan sus enojos.  
Quien mira mal, llore bien.

*Sale MARCELA*

MARCELA: Si puede la confianza  
de los años de servirte  
humildemente pedirte  
lo que justamente alcanza,  
a la mano te ha venido  
la ocasión de mi remedio,  
y poniendo tierra en medio,  
no verme si te he ofendido.

DIANA: ¿De tu remedio, Marcela?  
¿Cuál ocasión? Que aquí estoy.

MARCELA: Dicen que se parte hoy,  
por peligros que recela,  
Teodoro a España, y con él  
puedes, casada, enviarme,  
pues no verme es remediarme.

DIANA: ¿Sabes tú que querrá él?

MARCELA: Pues, ¿pidiérate yo a ti  
sin tener satisfacción,  
remedio en esta ocasión?

DIANA: ¿Hasle hablado?

MARCELA. Y él a mí,  
pidiéndome lo que digo.

DIANA: (¡Qué a propósito me viene  
esta desdicha!) **Aparte**

MARCELA: Ya tiene  
tratado aquesto conmigo,  
y el modo con que podemos  
ir con más comodidad.

DIANA: (¡Ay necio honor!, perdonad;  
que amor quiere hacer extremos. **Aparte**

Pero no será razón  
pues que podéis remediar  
fácilmente este pesar.)

MARCELA: ¿No tomas resolución?

DIANA: No podré vivir sin ti,  
Marcela, y haces agravio  
a mi amor, y aun al de Fabio,  
que sé yo que adora en ti.

Yo te casaré con él;  
deja partir a Teodoro.

MARCELA: A Fabio aborrezco; adoro  
a Teodoro.

DIANA: (¡Qué crüel  
ocasión de declararme!  
Mas teneos, loco amor.)  
Fabio te estará mejor.

**Aparte**

MARCELA: Señora...

DIANA: No hay replicarme.

Vase

**El perro del hortelano [part 8](#)**

**[Return to COMEDIA home page](#)**

**Electronic text by [Vern G. Williamsen](#) and [J T Abraham](#)**

This file was last updated on November 11, 1997

MARCELA:           ¿Qué intentan imposibles mis sentidos,  
contra tanto poder determinados?  
Que celos poderosos declarados  
harán un desatino, resistidos.

          Volved, volved atrás, pasos perdidos,  
que corréis a mi fin precipitados;  
árboles son amores desdichados,  
a quien el hielo marchitó floridos.

          Alegraron el alma las colores  
que el tirano poder cubrió de luto;  
que hiela ajeno amor muchos amores.

          Y cuando de esperar daba tributo,  
¿qué importa la hermosura de las flores,  
si se perdieron esperando el fruto?

*Vase. Sale el conde LUDOVICO y CAMILO*

CAMILO:            Para tener sucesión,  
no te queda otro remedio.

LUDOVICO:         Hay muchos años en medio,  
que mi enemigos son,

          y aunque tiene esa disculpa  
el casarse en la vejez,  
quiere el temor ser jüez,  
y ha de averiguar la culpa.

          Y podría suceder  
que sucesión no alcanzase,  
y casado me quedase;  
y en un viejo una mujer

          es en un olmo una hiedra,  
que aunque con tan varios lazos  
la cubre de sus abrazos,  
él se seca y ella medra.

          Y tratarme casamientos  
es traerme a la memoria,  
Camilo, mi antigua historia  
y renovar mis tormentos.

          Esperando cada día  
con engaños a Teodoro  
veinte años ha que le lloro.

*Sale un PAJE*

PAJE:             Aquí a vuestra señoría

busca un griego mercader.

LUDOVICO: Di que entre.

*Avisa el PAJE y salen TRISTÁN y FURIO con  
traje griego*

TRISTÁN: Dadme esas manos  
y los cielos soberanos,  
con su divino poder,  
os den el mayor consuelo  
que esperaréis.

LUDOVICO: Bien seáis venido.  
Mas, ¿qué causa os ha traído  
por este remoto suelo?

TRISTÁN: De Constantinopla vine  
a Chipre, y della a Venecia  
con una nave cargada  
de ricas telas de Persia.  
Acordéme de una historia  
que algunos pasos me cuesta;  
y con deseos de ver  
a Nápoles, ciudad bella,  
mientras allá mis criados  
van despachando las telas,  
vine, como veis, aquí,  
donde mis ojos confiesan  
su grandeza y hermosura.

LUDOVICO: Tiene hermosura y grandeza  
Nápoles.

TRISTÁN: Así es verdad.  
Mi padre, señor, en Grecia  
fue mercader, y en su trato,  
el de más ganancia era  
comprar y vender esclavos;  
y así en la feria de Azteclias  
compró un niño, el más hermoso  
que vio la naturaleza,  
por testigo del poder  
que le dio el cielo en la tierra.  
Vendíanle algunos turcos,  
entre otra gente bien puesta,  
a una galera de Malta  
que las de un bajá turquescas  
prendieron en Chafalonia.

LUDOVICO: Camilo, el alma me altera.

TRISTÁN: Aficionado al rapaz,  
compróle y llevóle a Armenia  
donde se crió conmigo  
y una hermana.

LUDOVICO: Amigo, espera,



espera; que me traspasas  
las entrañas.

TRISTÁN: (¡Qué bien entra!) **Aparte**

LUDOVICO: ¿Dijo cómo se llamaba?

TRISTÁN: Teodoro.

LUDOVICO: ¡Ay cielo! ¡Qué fuerza  
tiene la verdad de oírte!

TRISTÁN: Lágrimas mis canas riegan.  
Serpalitonia, mi hermana,  
y este mozo--¡nunca fuera  
tan bello!--con la ocasión  
de la crianza, que engendra  
el amor que todos saben,  
se amaron desde la tierna  
edad; y a dieciséis años,  
de mi padre en cierta ausencia,  
ejecutaron su amor,  
y creció de suerte en ella,  
que se le echaba de ver,  
con cuyo temor se ausenta  
Teodoro, y para parir  
a Serpalitonia deja.  
Catiborrato, mi padre,  
no sintió tanto la ofensa  
como el dejarle Teodoro.  
Murió en efeto de pena,  
y bautizamos su hijo;  
que aquella parte de Armenia  
tiene vuestra misma ley,  
aunque es diferente iglesia.  
Llamamos al bello niño  
Terimaconio, que queda  
un bello rapaz agora  
en la ciudad de Tepecas.  
Andando en Nápoles yo  
mirando cosas diversas,  
saqué un papel en que traje  
de este Teodoro las señas,  
y preguntando por él  
me dijo una esclava griega  
que en mi posada servía:  
"¿Cosa que ese mozo sea  
el del conde Ludovico?"  
Dióme el alma una luz nueva,  
y doy en que os he de hablar;  
y por entrar en la vuestra,  
entro, según me dijeron,  
en casa de la condesa  
de Belflor, y al primer hombre  
que pregunto...

LUDOVICO: Ya me tiembla  
el alma.

TRISTÁN: ...veo a Teodoro.

LUDOVICO: ¡A Teodoro!

TRISTÁN: Si bien quisiera  
hüirse; pero no pudo;  
dudé un poco, y era fuerza,

porque el estar ya barbado  
 tiene alguna diferencia.  
 Fui tras él, asíle en fin,  
 hablóme, aunque con vergüenza,  
 y dijo que no dijese  
 a nadie en casa quién era,  
 porque el haber sido esclavo  
 no diese alguna sospecha.  
 Díjele: "Si yo he sabido  
 que eres hijo en esta tierra  
 de un título, ¿por qué tienes  
 la esclavitud por bajeza?"  
 Hizo gran burla de mí;  
 y yo, por ver si concuerda  
 tu historia con la que digo,  
 vine a verte, y a que tengas,  
 si es verdad que éste es tu hijo,  
 con tu nieto alguna cuenta;  
 o permitas que mi hermana  
 con él a Nápoles venga,  
 no para tratar casarse,  
 aunque le sobra nobleza;  
 mas porque Terimaconio  
 tan ilustre abuelo vea.

LUDOVICO: Dame mil veces tus brazos:  
 que el alma con sus potencias  
 que es verdadera tu historia  
 en su regocijo muestran.  
 ¡Ay, hijo del alma mía  
 tras tantos años de ausencia  
 hallado para mi bien!

CAMILO: Camilo, ¿qué me aconsejas?  
 ¿Iré a verle y conocerle?  
 ¿Eso dudas? Parte, vuela,  
 y añade vida en tus brazos  
 a los años de tus penas.

LUDOVICO: Amigo, si quieres ir  
 conmigo, será más cierta  
 mi dicha; si descansar,  
 aquí aguardando te queda;  
 y dente por tanto bien  
 toda mi casa y hacienda;  
 que no puedo detenerme.

TRISTÁN: Yo dejé, puesto que cerca,  
 ciertos diamantes que traigo,  
 y volveré cuando vuelvas.  
 Vamos de aquí, Mercaponios.

FURIO: Vamos, señor.

TRISTÁN: Bien se **entrecas**  
**el engaño**.

FURIO: **Muy bonis.**

TRISTÁN: **Andemis.**

*Vanse TRISTÁN y FURIO*

CAMILO:                                        ¡Extraña lengua!  
LUDOVICO:                                Vente, Camilo, tras mí.

*Vanse. Sale TRISTÁN, en el portal de uno  
casa, cuya puerta está cerrada; FURIO está delante  
de la puerta*

TRISTÁN:                                ¿Trasponen?  
FURIO:                                        El viejo vuela,  
sin aguardar coche o gente.  
TRISTÁN:                                ¿Cosa que esto verdad sea,  
y que éste fuese Teodoro?  
FURIO:                                        ¿Mas si en mentira como ésta  
hubiese alguna verdad?  
TRISTÁN:                                Estas almalafas lleva;  
que me importa desnudarme,  
porque ninguno me vea  
de los que aquí me conocen.  
FURIO:                                        Desnuda presto.  
TRISTÁN:                                        ¡Que pueda  
esto el amor de los hijos!  
FURIO:                                        ¿Adónde te aguardo?  
TRISTÁN:                                        Espera,  
Furio, en la choza del olmo.  
FURIO:                                        Adiós.

*Vase*

TRISTÁN:                                        ¡Qué tesoro llega  
al ingenio! Aquí debajo  
traigo la capa revuelta,  
que como medio sotana  
me la puse, porque hubiera  
más lugar en el peligro  
de dejar en una puerta,  
con el armenio turbante,  
las hopalandas gregüescas.

*Salen RICARDO y FEDERICO*

FEDERICO: Digo que es éste el matador valiente  
que a Teodoro ha de dar muerte segura.

RICARDO: ¡Ah hidalgo!, ¿así se cumple entre la gente  
que honor profesa y que opinión procura,  
lo que se prometió tan fácilmente?

TRISTÁN: Señor...

FEDERICO: ¿Somos nosotros por ventura  
de los iguales vuestros?

TRISTÁN: Sin oírme,  
no es justo que mi culpa se confirme.  
Yo estoy sirviendo al mísero Teodoro,  
que ha de morir por esta mano airada;  
pero puede ofender vuestro decoro  
públicamente ensangrentar mi espada.  
Es la prudencia un celestial tesoro,  
y fue de los antiguos celebrada  
por única virtud. Estén muy ciertos  
que le pueden contar entre los muertos.  
Estáse melancólico de día,  
y de noche cerrado en su aposento;  
que alguna cuidadosa fantasía  
le debe de ocupar el pensamiento.  
Déjenme a mí; que una mojada fría  
pondrá silencio a su vital aliento;  
y no se precipiten desa suerte;  
que yo sé cuándo le he de dar la muerte.

FEDERICO: Paréceme, marqués, que el hombre acierta.  
Ya que le sirve, ha comenzado el caso.  
No dudéis, matarále.

RICARDO: Cosa es cierta.  
Por muerto le contad.

FEDERICO: Hablemos paso.

TRISTÁN: En tanto que esta muerte se concierta,  
vuseñorías, ¿no tendrán acaso  
cincuenta escudos? Que comprar querría  
un rocín, que volase el mismo día.

RICARDO: Aquí los tengo yo. Tomad, seguro  
de que, en saliendo con aquesta empresa,  
lo menos es pagaros.

TRISTÁN: Yo aventuro  
la vida, que servir buenos profesa.  
Con esto, adiós; que no me vean, procuro,  
hablar desde el balcón de la condesa  
con vuestras señorías.

FEDERICO: Sois discreto.

TRISTÁN: Ya lo verán al tiempo del efeto.

Vase

FEDERICO: Bravo es el hombre.  
RICARDO: Astuto y ingenioso

FEDERICO: ¡Qué bien le ha de matar!

RICARDO: Notablemente.

*Sale CELIO*

CELIO: ¿Hay caso más extraño y fabuloso?

FEDERICO: ¿Qué es esto, Celio? ¿Dónde vas? Detente.

CELIO: Un suceso notable y riguroso  
para los dos. ¿No veis aquella gente  
que entra en casa del conde Ludovico?

RICARDO: ¿Es muerto?

CELIO: Que me escuches te suplico.

A darle van el parabién contentos  
de haber hallado un hijo que ha perdido.

RICARDO: Pues, ¿qué puede ofender nuestros intentos,  
que le haya esa ventura sucedido?

CELIO: ¿No importa a los secretos pensamientos  
que con Dñana habéis los dos tenido,  
que sea aquel Teodoro, su criado,  
hijo del conde?

FEDERICO: El alma me has turbado.

RICARDO: ¿Hijo del conde? Pues, ¿de qué manera  
se ha venido a saber?

CELIO: Es larga historia,  
y cuéntanla tan varia, que no hubiera  
para tomarla tiempo ni memoria.

FEDERICO: ¡A quién mayor desdicha sucediera!

RICARDO: Trocóse en pena mi esperada gloria.

FEDERICO: Yo quiero ver lo que es.

RICARDO: Yo, conde, os sigo.

CELIO: Presto veréis que la verdad os digo.

*Vanse. Salen TEODORO, de camino y MARCELA*

MARCELA: En fin, Teodoro, ¿te vas?

TEODORO: Tú eres causa desta ausencia;  
que en desigual competencia  
no resulta bien jamás.

MARCELA: Disculpas tan falsas das  
como tu engaño lo ha sido;  
porque haberme aborrecido  
y haber amado a Dñana  
lleva tu esperanza vana  
sólo a procurar su olvido.

TEODORO: ¿Yo a Dñana?

MARCELA: Niegas tarde,  
Teodoro, el loco deseo

con que perdido te veo  
de atrevido y de cobarde:  
cobarde en que ella se guarde  
el respeto que se debe;  
y atrevido, pues se atreve  
tu bajeza a su valor;  
que entre el honor y el amor  
hay muchos montes de nieve.

Vengada quedo de ti,  
aunque quedo enamorada,  
porque olvidaré vengada;  
que el amor olvida ansí.  
Si te acordares de mí  
imagina que te olvido  
porque me quieras; que ha sido  
siempre error que suele hacer  
que vuelva un hombre a querer,  
pensar que es aborrecido.

TEODORO:           ¡Qué de quimeras tan locas,  
para casarte con Fabio!

MARCELA:          Tú me casas; que al agravio  
de tu desdén me provocas.

*Sale FABIO*

FABIO:            Siendo las horas tan pocas  
que aquí Teodoro ha de estar,  
bien haces, Marcela, en dar  
ese descanso a tus ojos.

TEODORO:         No te den celos enojos  
que han de pasar tanto mar.

FABIO:            En fin, ¿te vas?

TEODORO:    ¿No lo ves?

FABIO:            Mi señora viene a verte.

*Salen DIANA, DOROTEA y ANARDA*

DIANA:            ¿Ya, Teodoro, desta suerte?

TEODORO:         Alas quisiera en los pies,  
                    cuanto más, señora, espuelas.

DIANA:            ¡Hola! ¿Está esa ropa a punto?

ANARDA:          Todo está aprestado y junto.

[FABIO y MARCELA hablan aparte]

FABIO: (En fin, ¿se va?  
MARCELA: ¿Y tú me celas!)

[DIANA habla] a TEODORO

DIANA: Oye aquí aparte.  
TEODORO: Aquí estoy  
a tu servicio.  
DIANA: Teodoro,  
tú te partes, yo te adoro.  
TEODORO: Por tus crueldades me voy.  
DIANA: Soy quien sabes; ¿qué he de hacer?  
TEODORO: ¿Lloras?  
DIANA: No; que me ha caído  
algo en los ojos.  
TEODORO: ¿Si ha sido  
amor?  
DIANA: Sí debe de ser;  
pero mucho antes cayó,  
y agora salir querría.  
TEODORO: Yo me voy, señora mía;  
yo me voy, el alma no.  
Sin ella tengo de ir;  
no hago al serviros falta,  
porque hermosura tan alta  
con almas se ha de servir.  
¿Qué me mandáis? Porque yo  
soy vuestro.  
DIANA: ¡Qué triste día!  
TEODORO: Yo me voy, señora mía;  
yo me voy, el alma no.  
DIANA: ¿Lloras?  
TEODORO: No; que me ha caído  
algo, como a ti, en los ojos.  
DIANA: Deben de ser mis enojos.  
TEODORO: Eso debe de haber sido.  
DIANA: Mil niñerías te he dado,  
que en un baúl hallarás;  
perdona, no pude más.  
Si le abrieres, ten cuidado  
de decir, como a despojos  
de vitoria tan tirana,  
"Aquéstos puso Diana  
con lágrimas de sus ojos."

*[Hablan aparte ANARDA y DOROTEA]*

ANARDA: (Perdidos los dos están.  
DOROTEA: ¡Qué mal se encubre el amor!  
ANARDA: Quedarse fuera mejor.  
Manos y prendas se dan.  
DOROTEA: Dñana ha venido a ser  
el perro del hortelano.  
ANARDA: Tarde le toma la mano.  
DOROTEA: O coma o deje comer.)

*Salen LUDOVICO y CAMILO*

**El perro del hortelano [part 9](#)**

**[Return to COMEDIA home page](#)**

**Electronic text by [Vern G. Williamsen](#) and [J T Abraham](#)**



This file was last updated on November 11, 1997

LUDOVICO: Bien puede el regocijo dar licencia,  
Diana ilustre, a un hombre de mis años  
para entrar desta suerte a visitaros.

DIANA: Señor conde, ¿qué es esto?

LUDOVICO: Pues, ¿vos sola  
no sabéis lo que sabe toda Nápoles?  
Que en un instante que llegó la nueva,  
apenas me han dejado por las calles,  
ni he podido llegar a ver mi hijo.

DIANA: ¿Qué hijo? Que no te entiendo el regocijo.

LUDOVICO: ¿Nunca vuseñoría de mi historia  
ha tenido noticia, y que ha veinte años  
que enviaba un niño a Malta con su tío,  
y que le cautivaron las galeras  
de Alí Bajá?

DIANA: Sospecho que me han dicho  
ese suceso vuestro.

LUDOVICO: Pues el cielo  
me ha dado a conocer el hijo mío  
después de mil fortunas que ha pasado.

DIANA: Con justa causa, conde, me habéis dado  
tan buena nueva.

LUDOVICO: Vos, señora mía,  
me habéis de dar, en cambio de la nueva,  
el hijo mío, que sirviéndoos vive,  
bien descuidado de que soy su padre.  
¡Ay, si viviera su difunta madre!

DIANA: ¿Vuestro hijo me sirve? ¿Es Fabio acaso?

LUDOVICO: No, señora, no es Fabio, que es Teodoro.

DIANA: ¡Teodoro!

LUDOVICO: Sí, señora.

TEODORO: ¿Cómo es esto?

DIANA: Habla, Teodoro, si es tu padre el conde.

LUDOVICO: Luego, ¿es aquéste?

TEODORO: Señor conde, advierta  
vuseñoría...

LUDOVICO: No hay qué advertir, hijo,  
hijo de mis entrañas, sino sólo  
el morir en tus brazos.

DIANA: ¡Caso extraño!

ANARDA: ¡Ay señora! ¿Teodoro es caballero  
tan principal y de tan alto estado?

TEODORO: Señor, yo estoy sin alma, de turbado.  
¿Hijo soy vuestro?

LUDOVICO: Cuando no tuviera  
tanta seguridad, el verte fuera  
de todas la mayor. ¡Qué parecido  
a cuando mozo fui!

TEODORO: Los pies te pido,  
y te suplico...

LUDOVICO: No me digas nada;  
que estoy fuera de mí. ¡Qué gallardía!  
Dios te bendiga. ¡Qué real presencia!  
¡Qué bien que te escribió naturaleza

en la cara, Teodoro, la nobleza!  
Vamos de aquí; ven luego, luego toma  
posesión de mi casa y de mi hacienda;  
ven a ver esas puertas coronadas  
de las armas más nobles deste reino.

TEODORO: Señor, yo estaba de partida a España,  
y así me importa.

LUDOVICO: ¿Cómo a España? ¡Bueno!  
España son mis brazos.

DIANA: Yo os suplico,  
señor conde, dejéis aquí a Teodoro  
hasta que se reporte, y en buen hábito  
vaya a reconocer como hijo;  
que no quiero que salga de mi casa  
con aqueste alboroto de la gente.

LUDOVICO: Habláis como quien sois tan cuerdamente.  
Dejarle siento por un breve instante;  
mas porque más rumor no se levante,  
me iré, rogando a vuestra señoría  
que sin mi bien no me anochezca el día.

DIANA: Palabra os doy.

LUDOVICO: Adiós, Teodoro mío.

TEODORO: Mil veces beso vuestros pies.

LUDOVICO: Camilo,  
venga la muerte agora.

CAMILO: ¡Qué gallardo  
mancebo que es Teodoro!

LUDOVICO: Pensar poco  
quiero este bien, por no volverme loco.

*Vanse LUDOVICO y CAMILO*

DOROTEA: Danos a todos las manos.

ANARDA: Bien puedes, por gran señor.

DOROTEA: Hacernos debes favor.

MARCELA: Los señores que son llanos  
conquistan las voluntades.  
Los brazos nos puedes dar.

DIANA: Apartaos, dadme lugar;  
no le digáis necedades.

Déme vuestra señoría  
las manos, señor Teodoro.

TEODORO: Agora esos pies adoro,  
y sois más señora mía.

DIANA: Salíos todos allá;  
dejadme con él un poco.

*[MARCELA habla aparte a FABIO]*

MARCELA: (¿Qué dices, Fabio?  
FABIO: Estoy loco.)

[DOROTEA habla] aparte a ANARDA

DOROTEA: (¿Qué te parece?  
ANARDA: Que ya  
mi ama no querrá ser  
el perro del hortelano.  
DOROTEA: ¿Comerá ya?  
ANARDA: Pues, ¿no es llano?  
DOROTEA: Pues reviente de comer.)

Vanse MARCELA, FABIO, DOROTEA y ANARDA

DIANA: ¿No te vas a España?  
TEODORO: ¿Yo?  
DIANA: ¿No dice vuseñoría,  
"Yo me voy, señora mía,  
yo me voy, el alma no" ?  
TEODORO: ¿Burlas de ver los favores  
de la Fortuna?  
DIANA: Haz extremos.  
TEODORO: Con igualdad nos tratemos,  
como suelen los señores,  
pues todos lo somos ya.  
DIANA: Otro me pareces.  
TEODORO: Creo  
que estás con menos deseo:  
pena el ser tu igual te da.  
Quisiérasme tu criado,  
porque es costumbre de amor  
querer que sea inferior  
lo amado.  
DIANA: Estás engañado;  
porque agora serás mío,  
y esta noche he de casarme  
contigo.  
TEODORO: No hay más que darme:  
Fortuna, tente.  
DIANA: Confío  
que no ha de haber en el mundo  
tan venturosa mujer.  
Vete a vestir.  
TEODORO: Iré a ver  
el mayorazgo que hoy fundo,

y este padre que me hallé  
sin saber cómo o por dónde.

DIANA: Pues adiós mi señor conde.

TEODORO: Adiós, condesa.

DIANA: Oye.

¿Qué?

DIANA: ¡Qué! Pues, ¿cómo? ¿A su señora  
así responde un criado?

TEODORO: Está ya el juego trocado,  
y soy yo el señor ahora.

DIANA: Sepa que no me ha de dar  
más celitos con Marcela,  
aunque este golpe le duela.

TEODORO: No nos solemos bajar  
los señores a querer  
las criadas.

DIANA: Tenga cuenta  
con lo que dice.

TEODORO: Es afrenta.

DIANA: Pues, ¿quién soy yo?

TEODORO: Mi mujer.

Vase

DIANA: No hay más que desear; tente, Fortuna,  
como dijo Teodoro, tente, tente.

*Salen FEDERICO y RICARDO*

RICARDO: En tantos regocijos y alborotos,  
¿no se da parte a los amigos?

DIANA: Tanta  
cuanta vuseñorías me pidieren.

FEDERICO: De ser tan gran señor vuestro criado  
os las pedimos.

DIANA: Yo pensé, señores,  
que las pedís con que licencia os pido,  
de ser Teodoro conde y mi marido.

Vase

RICARDO: ¿Qué os parece de aquesto?

FEDERICO: Estoy sin seso.  
RICARDO: ¡Oh, si le hubiera muerto este picaño!  
FEDERICO: Veisle, aquí viene.

*Sale TRISTÁN*

TRISTÁN: (Todo está en su punto. **Aparte**  
¡Brava cosa! ¡Que pueda un lacaífero  
ingenio alborotar a toda Nápoles!)  
RICARDO: Tente, Tristán, o como te apellidas.  
TRISTÁN: Mi nombre natural es "Quita-vidas".  
FEDERICO: ¡Bien se ha echado de ver!  
TRISTÁN: Hecho estuviera,  
a no ser conde de hoy acá este muerto.  
RICARDO: Pues, ¿eso importa?  
TRISTÁN: Al tiempo que el concierto  
hice por los trecientos solamente,  
era para matar, como fue llano,  
un Teodoro criado, mas no conde.  
Teodoro conde es cosa diferente,  
y es menester que el galardón se aumente;  
que más costa tendrá matar un conde  
que cuatro o seis criados, que están muertos,  
unos de hambre y otros de esperanzas,  
y no pocos de envidia.  
FEDERICO: ¿Cuánto quieres?  
TRISTÁN: ¡Y mátales esta noche!  
TRISTÁN: Mil escudos.  
RICARDO: Yo los prometo.  
TRISTÁN: Alguna señal quiero.  
RICARDO: Esta cadena.  
TRISTÁN: Cuenten el dinero.  
FEDERICO: Yo voy a prevenirlo.  
TRISTÁN: Yo a matalle.  
¿Oyen?  
RICARDO: ¿Qué? ¿Quieres más?  
TRISTÁN: Todo hombre calle.

*Vanse RICARDO y FEDERICO. Sale TEODORO*

TEODORO: Desde aquí te he visto hablar  
con aquellos matadores.  
TRISTÁN: Los dos necios son mayores  
que tiene tan gran lugar.  
Esta cadena me han dado,  
mil escudos prometido  
porque hoy te mate.



la Industria versos, y Creta  
 rendir laberintos, viendo  
 mi amor, mi eterna tristeza,  
 sabiendo que Ludovico  
 perdió un hijo, esta quimera  
 ha levantado conmigo,  
 que soy hijo de la tierra  
 y no he conocido padre  
 más que mi ingenio, mis letras  
 y mi pluma. El conde cree  
 que lo soy; y aunque pudiera  
 ser tu marido, y tener  
 tanta dicha y tal grandeza,  
 mi nobleza natural  
 que te engañe no me deja,  
 porque soy naturalmente  
 hombre que verdad profesa.  
 Con esto, para ir a España  
 vuelvo a pedirte licencia;  
 que no quiero yo engañar  
 tu amor, tu sangre y tus prendas.

DIANA: Discreto y necio has andado:  
 discreto en que tu nobleza  
 me has mostrado en declararte;  
 necio en pensar que lo sea  
 en dejarme de casar,  
 pues he hallado a tu bajeza  
 el color que yo quería;  
 que el gusto no está en grandezas,  
 sino en ajustarse al alma  
 aquello que se desea.  
 Yo me he de casar contigo;  
 y porque Tristán no pueda  
 decir aqueste secreto,  
 hoy haré que cuando duerma,  
 en ese pozo de casa  
 le sepulden.

*Saliendo [TRISTÁN]*

TRISTÁN: Guarda afuera.  
 DIANA: ¿Quién habla aquí?  
 TRISTÁN: ¿Quién? Tristán,  
 que justamente se queja  
 de la ingratitud mayor  
 que de mujeres se cuenta.  
 Pues, ¡siendo yo vuestro gozo,  
 aunque nunca yo lo fuera,  
 en el pozo me arrojáis!  
 DIANA: ¡Qué!, ¿lo has oído?  
 TRISTÁN: No creas  
 que me pescarás el cuerpo.

DIANA. Vuelve.  
TRISTÁN: ¿Que vuelva?  
DIANA: Que vuelvas.  
Por el donaire te doy  
palabra de que no tengas  
mayor amiga en el mundo;  
pero has de tener secreta  
esta invención, pues es tuya.  
TRISTÁN: Si me importa que lo sea,  
¿no quieres que calle?  
TEODORO: Escucha.  
¿Qué gente y qué grita es ésta?

*Salen LUDOVICO, FEDERICO, RICARDO, CAMILO, FABIO,  
MARCELA, ANARDA y DOROTEA*

RICARDO: Queremos acompañar  
a vuestro hijo.  
FEDERICO: La bella  
Nápoles está esperando  
que salga, junto a la puerta.  
LUDOVICO: Con licencia de Diana,  
una carroza te espera,  
Teodoro, y junta, a caballo,  
de Nápoles la nobleza.  
Ven, hijo, a tu propia casa  
tras tantos años de ausencia;  
verás adonde naciste.  
DIANA: Antes que salga y la vea,  
quiero, conde, que sepáis  
que soy su mujer.  
LUDOVICO: Detenga  
la Fortuna, en tanto bien,  
con clavo de oro la rueda.  
Dos hijos saco de aquí,  
si vine por uno.  
FEDERICO: Llega,  
Ricardo, y da el parabién.  
RICARDO: Darle, señores, pudiera  
de la vida de Teodoro;  
que celos de la condesa  
me hicieron que a este cobarde  
diera, sin esta cadena,  
por matarle mil escudos.  
Haced que luego le prendan,  
que es encubierto ladrón.  
TEODORO: Eso no; que no profesa  
ser ladrón quien a su amo  
defiende.  
RICARDO: ¿No? Pues, ¿quién era  
este valiente fingido?  
TEODORO: Mi criado; y porque tenga



premio el defender mi vida,  
sin otras secretas deudas,  
con licencia de Dïana,  
le caso con Dorotea,  
pues que ya su señoría  
casó con Fabio a Marcela.

RICARDO: Yo doto a Marcela.

FEDERICO: Y yo  
a Dorotea.

LUDOVICO: Bien queda  
para mí, con hijo y casa,  
el dote de la condesa.

TEODORO: Con esto, senado noble,  
que a nadie digáis se os ruega  
el secreto de Teodoro,  
dando, con licencia vuestra,  
del Perro del Hortelano  
fin la famosa comedia.

## FIN DE LA COMEDIA

[Return to COMEDIA home page](#)

Electronic text by [Vern G. Williamsen](#) and [J T Abraham](#)